

860-ACAD

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ECUATORIANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

TOMO II

ENTREGA II



QUITO

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1893

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ECUATORIANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

TOMO II

ENTREGA II

Handwritten signature and number 14



QUITO

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD

1893

DISCURSO LEÍDO

POR EL

HERMANO MIGUEL

DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS, EN SU INCORPORACIÓN
Á LA ACADEMIA ECUATORIANA, CORRESPONDIENTE DE
LA REAL ESPAÑOLA, EL 2 DE AGOSTO DE 1892.

No con las palabras pomposas ni con las frases elegantes y floridas de que suelen valerse los literatos insignes para dar gracias á esta muy ilustre Corporación cuando los llama á su seno, he de expresaros mi gratitud, Señores Académicos, por la muestra de benevolencia con que me habéis favorecido. Admiro los artificios de las galas oratorias, y me deleitan los rasgos de la elocuencia arrebatadora de los ánimos; pero, si he de hablaros verdad ingenua, nada es tan de mi gusto como la voz sencilla del corazón que expresa con candor los afectos verdaderos que se enseñorean en el alma. Por esto quiero daros gracias y mostraros mi reconocimiento con la simplicidad del niño cuando se siente como abrumado con la magnitud de un beneficio. ¡Oh! si mis ojos pudieran ahora iluminarse con una de esas miradas infantiles en que se asoma el resplandor divino de la pureza! ¡Si tuviera yo en este instante una de esas dulces sonrisas con que habla la gracia nativa sin ruido de palabras! ¡Si me rodara por las mejillas alguna de esas lágrimas en que se concentra elocuentísima y verdadera la gratitud de los niños! Entonces, Señores Académicos, os daríais por bien pagados de vuestra bondad, y yo me sentiría aliviado en parte de la carga onerosa á que el reconocimiento me obliga.

Cuando el anuncio de la honra que me estáis dispensando vino á relampaguearme en la oscuridad de mi retiro religioso, hube de considerarla, os lo confieso, como peligrosa tentación movida por la soberbia contra quien ha amparado su pequeñez en las sombras del claustro silencioso; y no me habría aventurado á aceptarla, si la voz de mi Superior no hubiera impuesto, lo diré abiertamente, ese sacrificio á mi obediencia. Consuélome, empero, considerando que, si me habéis llamado al seno de esta Academia, gloria y orgullo de las letras patrias, no ha sido para premiar en mí mérito personal de que estoy desposeído, sino para galardonar al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de esa asidua labor y vigilantes cuidados con que educa en casi toda la República á la niñez de nuestra Patria. Y por esto, generosos como sois, escogisteis al más pequeño de los hijos del Bienaventurado La Salle para ostentar en él el favor con que miráis al Instituto amigo y protector de la infancia en toda la redondez de la tierra.

Os doy, pues, gracias en nombre de la Corporación religiosa á que pertenezco, y á la que debo innumerables beneficios, incluso el que ahora mismo estoy recibiendo de vosotros, sus nobles y muy generosos amigos.

Esta honra tan inesperada cuanto de mí inmerecida haría rebosar hoy el gozo que debo sentir naturalmente al verme entre vosotros, si de entre vosotros no faltara ya, y para siempre, aquel notable varón cuya silla vacía voy á ocupar por breve plazo también, puesto que corto es siempre el espacio concedido á esta vida fugitiva y perecedera.

El Señor General Doctor Don Francisco Javier Salazar era digno de hombrearse con vosotros, y capaz de llenar con su mérito esta silla en que brillaban las estrellas de general y la espada de guerrero, las borlas de doctor y las condecoraciones de diplomático, la majestad de Ministro y la aureola de literato: ¡tanto es lo que con su muerte habéis perdido á trueco de lo nada que ganáis con mi persona!

Si la fama no se hubiera encargado ya de publicar no sólo en nuestra República, sino en la América entera y aun en Europa el nombre de mi predecesor, y fuera menester que yo tejiera la corona de sus alabanzas, me sentiría abrumado con una labor que excede en mucho á mi capacidad, pues ignorante como soy del arte de la guerra y de los artificios de la diplomacia, ¿cómo podría valorar el mérito de sus obras tocante á lo primero, y su sagacidad y prudencia en lo segundo? Puesto que ninguna alabanza es menor que la exagerada, ¿no correría yo el peligro, dando riendas á un entusiasmo poco discreto, de menguar su reputación con encomios á bulto que pusieran de manifiesto, no su mérito sino la osadía de mi ignorancia? No, Señores, guárde-

me Dios de imitar al vulgo de las gentes que juzgan y deciden con ligereza magistral sobre el talento y mérito de los hombres, como si para apreciarlos en sus precisos quilates no fuera necesario poseer, siquiera en parte, las dotes admirables que conceden ó niegan por simpatías ó aversiones, por adulación ó capricho.

Confieso con humildad sencilla que no soy persona idónea para hacer el panegírico del Señor Salazar: él, general de los ejércitos, que señoreaba con imperante voz los batallones defensores de las libertades patrias; yo, pobre y desconocido maestro de escuela, conteniendo, más con caricias que con adusto ceño, las travesuras inocentes de mis batallones de niños queridos; él, negociando en las cortes europeas y en las repúblicas americanas lo conveniente para nuestra Patria, á pesar de contrapuestos intereses y de intrigas ingeniosas; yo, en el retiro del Santuario, ante el trono de la misericordia, á la luz opaca de la lámpara inconsumible, rodeado de mis hermanos pacíficos, tratando con súplicas del negocio de la salvación de mi alma y de las almas de mis discípulos; él, Ministro de la República, agobiándose bajo el peso de su cargo, meditando, comparando, pesando antes de resolver esos negocios de que pende la paz y ventura de las naciones; yo, rodeado de pequeñuelos, incapaces de engañar, enseñándoles la sencillez de corazón y los preceptos evangélicos que han de guiarlos en los trabajosos senderos de la vida. Ya veis, pues, Señores, cómo va entre los dos la diferencia de lo grande á lo pequeño y de lo excelente á lo muy mediano, diferencia que priva hoy al difunto del elogio merecido, y á mí me pone en el caso vergonzoso de publicar mi impericia, dado caso que no fuera de todos conocida.

Pero el título que ganó á vuestro apreciable compañero la honra de ser miembro de esta Academia, fue, sin duda ninguna, el de literato. Varias son las obras suyas que corren impresas ya en prosa, ya en verso: de las primeras, algunas son didácticas, como "El método productivo de enseñanza primaria", algunas apuntaciones sobre "La pronunciación del castellano en el Ecuador" y "Breves observaciones sobre ciertas palabras usadas en el lenguaje militar"; ótras de amena literatura como "García", "El Hombre de las ruinas", de cuyo mérito vosotros, como doctos que sois, habréis juzgado con el criterio recto de quien sabe discernir no sólo la perspicuidad y limpieza de la dicción sino la profundidad, gracia y belleza de las ideas que admiramos en los escritos de algunos de vosotros. De las segundas, ó sea de las obras en verso (que debió de escribir el literato general en los ratos de solaz, hurtados á trabajos más serios ó en los de amarguísima pena, obligado de la necesidad de exhalar los ayes de su alma dolorida), conozco la llamada "Una Excursión á Ba-

ños”, poema escrito en varios metros, allá por el año de 1853, en el cual brillan aquí y allí las chispas del ingenio que empieza á bullir en mentes juveniles. Salazar era entonces mozo de 30 años y militar, y como tal, había de tener valor para romper por todo, ora introduciendo una palabra de su propio caudal, que no del de la lengua, ora variando la prosodia de ótra, por exigirlo así la tiranía despótica de la rima.

Parécenme mejor pensadas, y dispuestas con mayor arte las poesías tuyas que en breve saldrán á luz en el Florilegio de vates nacionales que determinó dar á la estampa esta docta Corporación para honrar el cuarto centenario del descubrimiento de América. En las quintillas que intituló “Resolución”, hallo una que parece forjada en las fraguas de la desesperación byroniana, y dice así:

“Dolor á ti me entrego:
Tuyo es mi corazón y tuya mi alma;
No descenderé al ruego,
Pidiéndote sosiego,
Sino del mártir la gloriosa palma”.

¡Lástima que el último verso haya venido á debilitar la grandiosa idea del alma que se da toda al dolor, sin pedir nada que lo consuele ó atenúe!

Trazadas van por el mismo patrón las dos estrofas de la mejor de sus poesías, denominada “Plegaria”, y son éstas:

“Me estremece del día el gran bullicio;
Espanto me da el sol;
Es de la tarde para mí suplicio
El plácido arrebol”.

“Sólo la noche de estrellado manto
Alivio á mi alma da;
Porque á su sombra suelto libre el llanto
Que contenido está”.

No hay, ó á lo menos no conozco ninguna de las poesías de nuestro vate en que no se queje de gravísimos infortunios. ¿Sería en verdad tan infeliz como lo lamenta? Qué! el oro de esas bordaduras esplendorosas que deslumbraban los ojos envidiosos ¿sería sólo á los propios la irrisoria cubierta de un misérrimo corazón? . . . No acertaré á decíroslo, Señores; pero si así fue, consolémonos con la esperanza de que hoy es dichoso allá en las moradas beatíficas de luz y gozo inacabables,

“Ov' è silenzio e tenebre
La gloria che passò”.

Tinieblas y silencio es, en efecto, la gloria del mundo que pasa como vislumbre fugitiva en las sombras de la tarde. Esta

convicción arraigada profundamente en mí, me mueve á discurrir hoy delante de vosotros sobre un asunto tan grande que cubra mi pequeñez, tan rico que fecundice la pobreza de mi ingenio, tan de vuestro agrado que merezca ocupar vuestra atención.

Voy á discurrir sobre la *influencia del Cristianismo en la moral, en las ciencias y en las artes.*

Cuando contemplo el inmenso campo con que me brinda este asunto, y el gran cúmulo de luces que se necesita para hablar con acierto en una materia tan abundante, temo, Señores, perder el rumbo como el viajero inexperto en la inmensidad de nuestras vírgenes selvas americanas, ó divagar y andar indeciso, cual lo hiciera un niño en un jardín de hermosas flores y de frutos sazonados.

Considerando la historia de la humanidad dividida naturalmente en dos grandes épocas, vemos puestos, como término de la una y principio de la ótra, la Cruz y el Evangelio: sombras allá, realidad aquí; promesas entonces, cumplimiento hoy. Y para mí es tan solemne el instante en que comenzó la nueva era, como aquél en que de los abismos de la nada lóbrega y silenciosa brotó la existencia, la Palabra se difundió en luz por el espacio, y el soplo de Dios animó el barro del hombre. En el acto omnipotente de la creación se admira al Creador; en el acto misericordioso, de la justificación se bendice y adora al Justificador. Cuando Dios, allá en la eternidad, engolfado en los abismos incomprensibles de su propio sér, quiso sacar de la nada las innumerables maravillas que vemos y las aun más innumerables que no alcanzamos á percibir, hubo una razón: no quería Dios que su atributo de poder quedase sin manifestarse; pero la obra de la creación no fue infinita, aunque infinito es el poder creador. Cuando cumplidos los tiempos, bajó el Verbo á la tierra á explicar la ley y morir por el hombre, hubo también una razón: no quería Dios que su atributo de misericordia quedase sin manifestación; pero este atributo, á diferencia del de poder, se mostró tal cual es: infinito! Por eso, Señores, el amor y su hija la misericordia son la esencia de la moral cristiana, y el Cristianismo es un mar de infinito amor.

Si hemos de examinar la influencia que ha ejercido el Cristianismo sobre la reforma de las costumbres, necesitamos recordar lo que eran éstas en los pueblos de la antigüedad, y lo que son hoy en los que no han abierto sus corazones á la doctrina evangélica.

Criado el hombre para que pudiera merecer, tuvo que ser inteligente á fin de que supiese gobernarse y ser responsable de sus obras; dotado de pasiones que le impulsan á diferentes actos, para que pudiera también merecer y gozar, tuvo que ser racional á fin de no dejarse dominar ciegamente por esos estímulos;

y de aquí nace la necesidad de que haya moral, es decir, preceptos que dirijan la libertad y tracen rumbo á las pasiones. Y como la primera y más preciosa de las necesidades que siente el hombre, cuando empiezan á apuntar en él los primeros visos de la razón, es la de creer en algo para explicarse el origen de su existencia y el del universo que le rodea; y cuando las creencias han ya llegado á afianzarse en el espíritu, es tal el imperio que ejercen sobre los individuos, que hijas suyas son las costumbres, las leyes y las instituciones de los pueblos. Por tanto, la Religión es, y sólo la Religión puede ser la basa y fundamento de la moral; y esto es tan cierto, que sólo tenemos por bueno lo que la Religión nos recomienda y por malo lo que ella reprueba.

No hay, Señores, moral que pueda ser acatada si no estriba en la Religión, y la religión que deje de apoyar la moral, es imperfecta, y no es religión. Si esto es así, ¿por qué nos hemos de maravillar de la depravación de costumbres que notamos en los pueblos de la antigüedad? Cuando se estudian las diversas creencias de las naciones paganas, no hallamos en ellas los preceptos civilizadores que sirven para morigerar las costumbres y temperar los ímpetus de las pasiones del corazón; lejos de eso, anexas á los deberes religiosos y como parte esencial del culto divino tenían cabida prácticas de vicios y de crímenes que afrentan á la humanidad y que combaten todas sus prerrogativas y sagrados derechos.

Nemrod, el primero de los conquistadores, es decir, de esos seres egoístas en quienes se encarna la ambición para jugar con la vida de los hombres; Semíramis en cuya frente soberbia se presentan profanados el pudor y la mansedumbre de la mujer; Ninias parricida, son los dioses que adoró Babilonia. Brahma, adorado por los moradores de las regiones que conquistó Baco, divide á los hombres en castas, y el pobre paria vilipendiado y escarnecido ofrece el pecho al puñal de los bramines y de los vaiscias; manda que sirvan de pábulo al fuego de las piras funerales viudas y esclavos, que cruja en su paseo triunfante el gigantesco carro tirunna despedazando á millares las víctimas humanas, y que el dios horrible de Jagrenat no se sacie de sangre jamás. Los egoístas hijos de Lao-tsen y de Confucio viven esclavos de quien, á título de padre, pide tributo á la miseria, y el sensualismo y el infanticidio son virtudes entre ellos. Parece, Señores, que la Providencia ha permitido el que no cunda y germine el grano santo de la doctrina evangélica allá en esas naciones de los confines de Asia, para que nos presenten el ejemplo de lo que seríamos si no nos hallásemos iluminados por la luz del Cristianismo. ¿Y la China qué es hoy? "Ruina olvidada por el tiempo, momia embalsamada, vestida de seda y cubierta de jeroglíficos".

Vosotros conocéis, Señores, la salvaje superstición de los egipcios y la esclavitud en que vivían; la mala fe de los cananeos, las abominaciones de su dios Moloc que devoraba en su seno candente al niño arrancado de los brazos maternos; y habéis estudiado los hechos de su rey Pigmalión y de Jezabel, mujer cuyo nombre afrenta al crimen mismo; y os habéis estremecido al leer las crueldades de los elamitas lujosos, de los medos guerreros y de su rey Cambises. ¿Y qué ejemplos nos ofrecen los pueblos de Grecia sensualista? Los hombres se embriagaban por religión, y las doncellas, tan modestas y recatadas entre nosotros, daban culto á Ceres entregándose á la desenvoltura y á la lascivia. Alcibíades es el prototipo de las virtudes griegas; el pueblo le educó, y cuando hubo aprovechado de sus lecciones, fue propuesto por modelo é idolatrado. Los códigos de Licurgo, objeto de tanta veneración en los siglos pasados y de tanto asombro en los nuestrós, nos enseñan cuál fue la suerte de los ilotes y de los niños que nacían débiles y enfermizos. Grecia, empero, fue la nación más civilizada que nos presentó el paganismo en sus días de gloria y de esplendor, así como Roma fue la nación más poderosa que han visto los siglos en su continuo correr. Guerrera desde su cuna por creencias religiosas, por instituciones, por carácter, por interés, y aun por orgullo y por placer, tuvo hombres como Lucio Dentato que pudo blasonar de haber combatido en ciento y veinte batallas, como Pompeyo que adornó su carro triunfal con los despojos de cien fortalezas, de ochocientas ciudades y de quince reinos; y los laureles de César, de César el más generoso de los conquistadores, llevaron sobre sí la sangre de un millón ciento noventa y dos mil víctimas! Roma fue la nación conquistadora por excelencia; ni podía ser otra cosa el pueblo amamantado á los pechos de una loba. El Águila rapaz no paró su vuelo incansable hasta posarse, con las fasces consulares en sus garras sangrientas, sobre las ruinas de Atenas y Corinto, de Jerusalén y de Cartago, de Numancia y de Sagunto. Roma, como poseída de las furias infernales, extendió por el orbe su señorío, sin llevarle más luz que la de la tea incendiaria, ni más lema que el ay de los vencidos! Sí, Roma no hizo más que destruir, y cuando ya no tuvo naciones que subyugar volvió sus furores irresistibles contra sí propia, y se vio devorada por las serpientes que alimentaba en su seno, y que se llamaban Sila, Mario, Nerón, Calígula. Esta índole guerrera tuvo que hacer feroces á los romanos: los deudores insolventes fueron despedazados, los gladiadores se mataban por divertir al pueblo, y los desiertos africanos eran despoblados de sus fieras que, llevadas al anfiteatro, se alimentaban de esclavos con cuyas agonías de muerte se deleitaba el pueblo conquistador.

En el combate de hombres brillan con resplandores sinies-

tros el arte de matar y la gloria de morir. Cien mil personas guardan en los instantes decisivos silencio tan profundo, que se percibe el crujir de las carnes abiertas por la espada y el aliento entrecortado del que sucumbe en la lid. La agonía del moribundo se convierte en objeto de bellas artes, y el pueblo juzga de ella como pudiera juzgar de un rasgo dramático: aplaude, antes de que hiera, el golpe que reputa mortal; silba á la víctima que cae torcidamente ó que da muestras de dolor; el quejido es una ignominia, una lágrima es deshonra; hay vítores para una herida dada con mano maestra, entusiasmo para un gesto, aclamaciones frenéticas para el que mata pronto y para el que muere artísticamente. “¿Qué queréis? dice Séneca, el pueblo se fastidia: es preciso que por la mañana vea matar y por la tarde mate”.

Al recorrer hoy en silencio la vasta fábrica del Coliseo, más alta que las colinas, gigantesca como un conjunto de palacios; al contemplar aquella elipse imponente, donde resonaron los gritos de tantos millares de espectadores, y los mugidos espantosos de las fieras, y los ecos de la muerte, y el estrépito de un pueblo ebrio con el vapor de la sangre, no hay espíritu tan frío ni inteligencia tan escéptica que no descubra el abismo que separa dos civilizaciones, entre las cuales no hay, sin embargo, más frontera que una Cruz. En el Coliseo de Roma, ahora silencioso y solemne, predica sin cesar la voz de los siglos y la voz de la historia. ¡Cuánto bien trajo al orden y armonía de las sociedades y á los fueros de la personalidad humana aquella noción de la caridad que los antiguos pueblos gentiles no vislumbraron siquiera!

No temo, pues, equivocarme al aseverar que ninguna de las religiones paganas inculcaba los preceptos que miran á la morigeración de las costumbres, y de aquí nació el que los antiguos no tuviesen ideas exactas sobre la virtud y el vicio. Sé bien que algunos filósofos sentaron máximas y principios sanos sobre la práctica de ciertas virtudes; pero éstos fueron consejos dados á los sabios, que no preceptos impuestos al pueblo, quien no tenía obligación de atenerse al dictamen de hombres ni de sujetarse á deberes que la religión no le prescribía; por eso, aunque Sócrates, Platón, Pitágoras, Epitecto, Marco Aurelio se empeñasen en sentar algunas basas excelentes de conducta, tuvieron pocos adeptos, pues sabido es que sólo las doctrinas que se nos presentan y enseñan con el carácter de religiosas pueden cundir y ser respetadas por los pueblos. Y esto es tan cierto que así lo reconoció el mismo Platón, cuando dijo en su célebre Apología de Sócrates: “Si Dios no se digna enviarnos quien nos instruya en nombre suyo, no esperemos que los hombres reformen sus costumbres”; y hablando sobre la *piedad* en su diálogo titulado *Epinomis*, dice: “¿Quién podrá enseñar lo que es, si Dios

mismo no le guía"? A testimonio tan irrecusable podría añadir yo el de otros sabios de la antigüedad, si no temiese explayarme demasiado.

Hay más: lo bueno y recto que se encuentra en los filósofos y legisladores paganos, pertenece al cristianismo, esto es á Dios, porque la bondad y rectitud no podían dimanar sino del que es bondad y justicia por esencia. Así, los resplandores que irradian los planetas no pertenecen á las tinieblas sino á esos soles de la noche que reciben luz del padre del día; del propio modo, lo injusto ó errado que hay entre los cristianos no es obra del Cristianismo, es sí la cizaña que el hombre enemigo ha venido á sembrar entre las granadas y doradas espigas en el campo del Padre de familia.

Si es cierto que el hombre se identifica, por decirlo así, con lo que adora ó ama, ¿cuál había de ser la moralidad de los pueblos adoradores de viles metales, de los vegetales y de las bestias? No podía ser ótra, por supuesto, que la de los instintos bestiales y del materialismo, la de la ferocidad y de la metalización. Por el contrario, el pueblo adorador del Cordero immaculado, que se apacienta entre azucenas, había de tener por lema y distintivo de sus costumbres el níveo candor de la pureza, la humildad y mansedumbre del cordero, la sencillez de la paloma; de la serpiente, la prudencia sin el veneno, y del que quiso llamarse León de la tribu de Judá, había de imitar la fortaleza y generosidad para despreciar lo vil y caduco, y elevar el corazón á lo únicamente grande y eterno.

Cuando la humanidad entenebrecida y ciega se agitaba en caos de confusión y de errores más y más groseros á medida que la lascivia y la concupiscencia se enseñoreaban de los sentidos, y la razón degradada daba rienda suelta á las locuras y devaneos de absurdas supersticiones, allá en una pequeña región de Asia hubo un pueblo que se educó en el desierto y que fue testigo de portentosas maravillas. A ese pueblo (vosotros comprendéis, Señores, que hablo de los hebreos), á ese pueblo, digo, escogió Dios para que fuese custodio del fuego sagrado que había descendido de los cielos á la tierra, y para que conservara, á manera de luz en medio de las tinieblas, puros é incorruptibles los oráculos santos de la Verdad eterna. Diez palabras conservadas por él, que las había oído helado de pavor resonar con voz de trueno en la cima fulminante de una montaña, bastaron para civilizar el mundo; mas ¿por qué hemos de pasmarnos, si fueron dichas por la misma Sabiduría, que con sólo una sacó el universo de la nada y del vacío?

Empero, para que esas verdades civilizadoras no queden ocultas y se difundan por el mundo, menester es que se presen-

te un grande Apóstol á predicarlas, y ¿qué bienhechor de la humanidad tomará sobre sí tan trabajoso cargo?

En los apartados rincones de Judea, donde no había sabios ni filósofos, aparece de improviso un hombre que recorre campos y ciudades limpiando leprosos, dando ojos á las cuencas secas de los ciegos, desatando la lengua de los mudos, sanando endemoniados, curando todo género de dolencias, resucitando á los muertos y perdonando los pecados. Tiene imperio sobre la furia de las tormentas, camina sobre las aguas cual si lo hiciera por prados florecidos: todo en Él es divino, y todo tiene la virtud de hacer prodigios, hasta el polvoroso ruedo de su pobre manto. ¿Quién es? Inclínemos, Señores, la frente para pronunciar su Nombre santísimo: Jesucristo, el Hijo de Dios vivo!

Siendo tan pobre que no tenía dónde reclinar la cabeza, prometió un reino á los que le siguieran, de magnificencia tanta que los justos resplandecerían allí más que el sol; llamó á este reino el reino de los cielos, y declaró lo que es en once parábolas llenas de sabiduría.

Uno de los ingenios esclarecidos que han dado lustre y gloria á la Iglesia de Occidente deseaba haber visto la magnificencia de Roma en un día de triunfo, á Cicerón en la tribuna y á Pablo delante del Areópago; y si á mí me fuera dado presenciar úno de los grandes espectáculos de los antiguos días, no querría haber asistido á ótro que al Sermón del Monte, y ver á Jesucristo sentado en la cima de una montaña, sirviéndole de palio la bóveda infinita de los cielos etéreos, rodeado de una muchedumbre de gentes, con aquella nobleza divina de sus ademanes, con aquellos ojos cuyos rayos estaban templados por la modestia y la humildad, con aquella frente soberana en que resplandecía la autoridad suprema de Señor y el supremo amor de Padre, con aquellos labios desatados en abundantes raudales de luz. Allí se proclama la unidad de Dios, y Dios es Padre de la humanidad, y los hombres son hermanos; allí se promete á los pobres de la tierra que serán reyes del reino de los cielos; allí, para hacernos hombres celestiales, se manda que coloquemos nuestros tesoros donde no los consuma la polilla, y desde entonces, ¿qué son las riquezas y el señorío del mundo sino medios concedidos para merecer las riquezas y el señorío de los cielos? Los arcanos más profundos de la sabiduría divina se declaran á los hombres con la sencillez de la grandeza verdadera, y con palabras que comprenden los niños se publican esas verdades que confunden á los sabios. Jesús obrando todo género de prodigios, Jesús transfigurado en el Tabor y proclamado Hijo del Padre, no me parece tan grande, tan adorable como cuando declara al hombre antiguo la doctrina que ha de civilizar al hombre nuevo.

Hijo del hombre era como se complacía Jesucristo en lla-

marse, y en efecto se identificó tanto con toda la humanidad, que tuvo como hechos á su Persona misma los favores ó agravios que se hacen á los hombres; Él es el niño á quien se cría, se alimenta y se educa: "El que acogiere á un niño en nombre mío, á mí me acoge"; Él es el pobre que nos reprenderá de avaricia: "Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber". Y siendo así, ¿no será natural y filosófico que llamemos *por diosear* el acto de pedir limosna? y no será conmovedor y tierno que al tendernos la miseria, hambrienta y desnuda la mano para pedir socorro, invoque el nombre de Dios á quien representa?

Para que reine la armonía en la sociedad es menester que haya diferencias entre los hombres, y una de las diferencias necesarias es la de pobres y ricos; y esta división real á los ojos del mundo es la que une á los hombres á los ojos de Dios con los lazos de la caridad, y les brinda medios de merecer, constituyendo la verdadera igualdad, igualdad no absoluta, pues ésta es la más monstruosa desigualdad, la santificación del crimen, el borramiento de la inocencia, la negación de la virtud; esa igualdad que establece relaciones entre el derecho y el deber, entre el premio y el castigo; igualdad fundada en el orden, pues para que haya orden son necesarias las jerarquías. Al quitar una miseria, quitamos una virtud; suprimid los pobres, ¿qué es entonces la caridad? La riqueza y la pobreza tan necesarias en el mundo material para el progreso de la industria y de las ciencias, no son menos útiles en la esfera moral para la perfección cristiana; esto en verdad no lo conocieron los paganos, y por eso Juvenal decía en su sátira 3ª:

"Nil habet infelix paupertas durius in se
Quam quod ridiculos homines facit".

Nacido pobre Jesucristo, infundió respeto y compasión hacia la pobreza, y la santificó enseñando cuán excelente virtud es la resignación; y la santa esperanza, ese alivio celestial que necesita el alma acongojada para soportar los dolores de nuestra peregrinación, se predicó á las naciones como virtud; y desde entonces hubo quienes buscasen los padecimientos y la miseria para santificarse por ellos; y como enseñó también qué virtud tan excelente es la misericordia, declarando varias veces que la estimaba más que el sacrificio y llamando bienaventurados á los misericordiosos, éstos aparecieron, y la codicia puso menos cerraduras á sus arcas. La resignación y la caridad son virtudes hijas del Cristianismo, y cuánto se civilizó el mundo por ellas, vosotros lo sabéis, menesterosos y desvalidos, á quienes fortalece la una el espíritu, y la ótra cura, viste y alimenta el cuerpo.

El Hijo de Dios, Rey de las eternidades, en todo igual á su

Padre, que no se desdeñó de llamar hermanos á unos hombres groseros é ignorantes, nos dio también, con sus palabras y ejemplos, altísimas lecciones de la más tierna fraternidad, fraternidad no de fieras como la que predicaba la Francia de 1789, mientras asesinaba, sino la gran fraternidad humana, que encierran estas sublimes palabras del Cristianismo: "Padre nuestro, que estás en los cielos". Esta fraternidad engendró instituciones en la Iglesia que consideran á Jesús en todos los que padecen: ella dio origen á los Religiosos del Monte San Bernardo, situado en la cima de los Alpes, como atalayas de la caridad cristiana, para consagrar su vida al alivio y socorro de los viajeros que por azar, necesidad ó desgracia llegan á su monasterio; ella armó esas órdenes caballerescas de San Juan de Jerusalén, y de San Lázaro, y de los caballeros Teutónicos, que fueron como la lanza de Aquiles que curaba las heridas que abría, y cuyos miembros, despreciadas las halagüeñas esperanzas de una lozana juventud y el lustre de noble y dorada cuna, se dedicaron gustosos bien á la defensa de sus hermanos aherrojados por las bárbaras huestes de Mahoma, bien á la nobilísima tarea de cuidar de aquella triste porción de la humanidad inficionada de la lepra, produciendo héroes de caridad cual jamás los soñaron siquiera el paganismo y la herejía; ella dio nacimiento á las órdenes militares de Calatrava, de Alcántara y de Avis que, baluartes y fortalezas vivientes de la Iglesia, tomaron sobre sí el defender el privilegio incommunicable de la Inmaculada Concepción de la excelsa Madre de Dios. De esa divina fraternidad surgieron las órdenes redentoras, de Trinitarios y de Mercenarios, para librar del poder de los sarracenos á los cautivos cristianos; la de los Hospitalarios del Espíritu Santo, en beneficio de los pobres, huérfanos y viudas, á quienes en todo tiempo ha dejado el paganismo perecer de hambre; la de los Religiosos Pontoneros, que oprimieron los ríos con sus puentes, á fin de dar seguridad á los viajeros; las de San Juan de Dios, de los Hermanos Enfermeros, de la Buena Muerte, y las más prodigiosas quizá y más universales de todas, las dos de San Vicente de Paúl, todas las cuales nos manifiestan que la Iglesia cuida no sólo de las almas sino también de los cuerpos de sus hijos, y que no hay dolencia ó necesidad de éstos que se oculte á la vigilante solicitud de tan tierna madre. Hasta para las artes mecánicas la divina fraternidad del Cristianismo abre las puertas de mil establecimientos, ó diré mejor palacios, como los talleres de Don Bosco, en los que el huérfano y el hijo del menestral aprenden á ser ciudadanos útiles, buenos padres de familia y cristianos fervorosos al golpear del martillo, al chirriar de la lima, al vaivén de la sierra, y al pasearse del cepillo. En esfera más elevada vienen las cuatro órdenes mendicantes de Carmelitas, Franciscanos, Dominicos, Agustinos, y la

que fue martillo del luteranismo, la incomparable Compañía de Jesús, destinadas á ser auxiliares de la fe, y á defender á la Iglesia, por medio de la predicación y el ejemplo de las virtudes, contra los sectarios, los errores y los vicios, y á difundir las luces del Evangelio entre los pueblos sentados á las sombras de la muerte. Por fin, ocupan lugar muy eminente en la gran fraternidad cristiana las órdenes contemplativas que, retiradas en sus claustros ó en la soledad de sus celdas ó en el fondo de sus grutas, por medio de la oración, del ayuno, de la piedad, de la mansedumbre, de la castidad y de todas las virtudes, combaten por los débiles, ruegan por las almas descarriadas, se ofrecen como víctimas para alejar de las naciones los rayos de la justicia divina, y atraer sobre los pueblos copiosas las bendiciones del Cielo.

En resumen: el gran resultado de la práctica del divino precepto ha sido mejorar todas las posiciones sociales en sus diferentes escalas; empezó por inspirar cariño hacia la cuna de la inocencia, simpatías hacia la juventud, miramientos y amor hacia la mujer, respeto á la ancianidad, compasión hacia el infortunio, y no terminó aún coronando de flores y rodeando de veneración las tumbas de la virtud: el hombre amó á la humanidad aun más allá del presente!

Tan provechosa ha sido la doctrina que predicó Jesucristo, que cada artículo de ella es una fuente de ventura para la sociedad; mas ir discurriendo sobre este punto no es materia que pueda encerrarse en un discurso, sino que es obra de volúmenes enteros. Veamos cómo obró sobre las pasiones, y de éstas tomemos la del amor, para que sirva de ejemplo.

En lo antiguo la concupiscencia y la lascivia no eran consideradas como vicios pues las patrocinaban los dioses mismos, y las prescribían haciendo que sus cultos fuesen las abominaciones de la lubricidad; de suerte que aun hoy damos á los más torpes deleites el nombre de la divinidad pagana que se complacía en ellos. Los crímenes abominables de esos dioses eran expuestos en el teatro á la pública irrisión del pueblo, y en las comedias de Plauto se representaba al mismo Júpiter en los actos más execrables. La vida de los moradores del Olimpo ofrecía pábulo á todos los vicios. "No bien sienten hervir en su alma la ponzoña de un mal deseo, dice San Agustín, los adoradores de estas deidades traen á la memoria los actos de Júpiter de preferencia á las lecciones de la Academia y á la austera disciplina de Catón".

Vino el Cristianismo y las llamas del amor se templaron con el recato; y la hermosura fue más encantadora adornándose con las rosas del pudor, y el amor humano espiritualizándose participó en algo del amor divino, y la mujer se ennoblecó. Dirigir las pasiones, buenas de suyo, ha sido obra del Cristianismo. Así

como antes la impudicia tenía altares y en ellos su representación, así la pureza los tiene hoy á María Virgen Madre, y á ellos acuden las doncellas inocentes á deponer guirnaldas de azucenas y de rosas, y las madres llorando de ternura á ofrecer el hijo ternuzuelo, fruto santo de bendecido amor. ¿Qué diremos de la degradación de los pueblos que no son cristianos, cuyos reyes tienen serrallos por cortes? . . .

Cuarenta siglos habían corrido desde la creación hasta Jesucristo, y de entonces acá sólo han pasado cerca de diez y nueve, de los cuales deberíamos deducir tres que tardó en aparecer Constantino el Grande, época en que la Religión subió con él al Capitolio y pudo difundirse de allí á manera de luz meridiana por el mundo romano; examinad los adelantos de cuarenta siglos con los que se han hecho en diez y seis, las costumbres de esos tiempos con las de los presentes; la Britania de Egberto, las Galias de Clodoveo, la Italia de Odoacre, la Iberia de Teodorico y la Inglaterra de Alfredo, la Francia y la Alemania de Carlomagno, la Italia de los Médicis y la España de Fernando, y habréis de convenir en que la moral del Evangelio es la única que engrandece al hombre y civiliza los pueblos.

Así como la virtud es el perfeccionamiento del corazón, así la verdadera ciencia es el perfeccionamiento de la inteligencia; y el Cristianismo que, según acabo de demostrar, ha influido tanto en la moralización de los pueblos, encaminando por el recto sendero las pasiones del corazón humano, no podía descuidarse del cultivo de la inteligencia: allí está la historia y los monumentos de la sabiduría cristiana manifestándonos clara y explícitamente cuánto ha apreciado y estimulado la Iglesia el desenvolvimiento de las ciencias en todas las esferas de la sociedad; y no sólo de las ciencias morales, sino también de las físicas y especulativas. Ya que el Dios de las ciencias y Padre de las luces, como se apellida Él mismo en las Sagradas Letras, no se desdennó de dar al mundo, revestida de forma humana, su propia y consustancial Sabiduría, que salió de la boca del Altísimo, é hizo nacer en los cielos la luz indeficiente, ¿cómo había de negar á la Iglesia, su Esposa predilecta, esa emanación de su Sabiduría increada que llamamos *ciencia*?

La historia eclesiástica, en una de sus fases más brillantes y luminosas, no es otra que la de los adelantos que de día en día han ido haciendo las ciencias á la sombra eminentemente civilizadora de la Cruz. Desde la ciencia que el Doctor de las naciones exigía á los ministros de la divina Palabra juntamente con la castidad y el amor, hasta las elocuentísimas apologías de los cristianos en la era purpurada de los mártires, donde campea con tanto vigor la autorizada palabra de San Justino, de Orígenes y de Tertuliano; desde las refutaciones de los primeros doc-

tores contra los groseros desvaríos de los filósofos paganos, hasta esos concilios inmortales en que se congregaban las lumbres de la Iglesia para hacer cara al orgullo de los impíos ó á las necias pretensiones de las testas coronadas, con sobra de razón puede gloriarse el Catolicismo de mostrar á qué altura puede llegar el entendimiento humano iluminado con las luces de la fe.

Ya en los primeros días de la Iglesia empezó en la escuela cristiana la alianza de la Religión y de la Ciencia: ése fue el principio de una cadena de ingenios cuyos anillos todos fueron de oro, y que se iban perpetuando en los ilustres nombres de los Ambrosios, Jerónimos, Leones, Atanasios, Gregorios, Crisóstomos y Cirilos. Estos nombres, úno solo de los cuales bastaría para inmortalizar una época, no son los únicos que se encuentran en los fértiles campos de esas primeras edades del Cristianismo: bien conocidos os son los de otros innumerables preclaros doctores de Oriente y Occidente, que siempre bregaron con el error y la impiedad en defensa de la fe y unidad católicas. No penséis, Señores, que en la enumeración de los campeones de la Religión he hecho caso omiso del principal de ellos, pues merece especial mención, al decir de Balmes, "el talento sublime, el digno heredero del genio de Platón que, después de haber preguntado por la verdad á todas las escuelas y sectas, después de haber recorrido todos los errores con briosa osadía y con indomable independendencia, se siente al fin dominado por la autoridad de la Iglesia, y de filósofo libre se transforma en el grande Obispo de Hipona".

Cuando el diluvio de las hordas feroces de Alarico, Atila y Gensericó se extiende por reinos y provincias, á manera de encendida lava que todo lo arrasa y devora, las ciencias y las letras, cual la paloma de Noé, van á asilarse en el arca bendita de los claustros, para salvar la civilización del mundo antiguo y preparar la del mundo nuevo. Allí está como de ciudad de refugio la primera orden religiosa que se fundó en Europa, la de Benedictinos en el monte Cassino; y mientras los bárbaros despueblan las ciudades, ella puebla los desiertos, y traza la planta de grandes metrópolis para lo venidero; aquéllos talan campos y sembrados, ella descuaja las selvas y cambia los eriales incultos en fuente de riqueza para las poblaciones; incendian aquéllos famosísimas bibliotecas y destruyen las obras maestras del arte; ella, á poder de invicta constancia y penosísimas labores, confía al papiro ó al pergamino, y conserva durante diez siglos, cual fuego sagrado, los monumentos de letras y de ciencias de la antigüedad; sin ella no leeríamos hoy á Horacio ni á Virgilio, ni nos deleitáramos con esas obras maestras del humano ingenio; ella produjo sabios como Gregorio Magno; ella cultivó la música y todas las artes, en fin; sus celdas, donde vivió Benedicto y

donde murió Hildebrando, están muy acostumbradas á cobijar augustos infortunios y á recoger ilustres desgraciados, y en ellas la frente del genio, en persona de Torcuato Tasso enfermo y desengañado, se reclinó sobre el pecho de la Religión.

Continúa su vuelo la barbarie, en alas del odio y la venganza, sembrando por doquiera con sus conquistas, desolación, ruinas, ignorancia y corrupción; el Cristianismo, manso y pacífico, no conquista, . . . pero ¿qué digo? también conquista él; y si no ved al benedictino Agustín conquistar la Inglaterra; á Wilibrodo conquistar á Frisia y Holanda; Bonifacio conquista la Alemania, Anscario á Dinamarca y Suecia, Cirilo la Bulgaria, León la Vizcaya, como Francisco Javier la India y el Japón.

El Catolicismo inspira á Cristóbal Colón la idea de correr el velo que por tantos siglos tenía oculto un mundo nuevo á las miradas del antiguo, y un ilustre obispo dominicano y un pobre religioso de San Francisco son los únicos que comprenden al hombre providencial á quien los sabios y los potentados no pueden entender. “El pan de la caridad cristiana dado á Colón en la portería de un convento, le valió á España la adquisición de un Nuevo Mundo, al cual envía la Nación Católica sus huestes aguerridas de conquistadores; pero ella misma derrama también sobre él sus pacíficas legiones de apóstoles: nube benéfica que trae frescura y abundancia á una tierra árida y desolada. Tras el conquistador, allí está el misionero: con Cortés van á Méjico, con Pizarro llegan al Perú, con Quesada penetran en Cundinamarca, con Ponce de León abordan á la Florida, con Valdivia parten á Chile, y con Benalcázar vienen á la tierra ecuatoriana”, según la elegante frase de nuestro eximio historiador nacional. Si la codicia de oro movió los pasos de los conquistadores, el celo de la gloria de Dios y de la salvación de millones de salvajes dirigió los de los misioneros. Ved allí á los hijos de Francisco de Asís, de Domingo de Guzmán, de Ignacio de Loyola, de Pedro Nolasco, con la espada de la palabra de Dios y el escudo de la fe, cómo se internan por las vírgenes selvas de América, cruzan los desiertos, vadean los ríos caudalosos, trepan por las rocas inaccesibles para prender el fuego de la caridad cristiana en las almas de los pobres idólatras, hacerlos herederos también del reino de los cielos, é introducirlos en la gran familia universal de los hijos de Dios. A la sombra de la Cruz plantada por el misionero crece la civilización, y con ella las ciencias y las artes, conservadas, enseñadas y difundidas por la Iglesia.

Ose ahora la impiedad, en sus estúpidas aberraciones, acusar de retrógrada á la Iglesia de Cristo, y jactarse de ser ella la maestra y conservadora de las ciencias; muestre los títulos que la recomiendan al amor y veneración de los siglos, cuando son humildes frailes los que guardan las alturas del Capitolio, y mon-

jes austeros las ruinas de las termas de Diocleciano. Dominicos y Agustinos ofrecen con amor los tesoros de sus bibliotecas, y los Jesuítas sus libros, y sus cátedras, y su gran museo de Kircher; los pobres Franciscanos oran sin cesar sobre el Calvario de Jerusalén y sobre el Calvario de Roma. ¿Qué misteriosa misión está reservada en el mundo á las órdenes regulares, que no sólo salvan las creencias y las letras en los siglos medios, sino que se constituyen en sus guardadores más fieles en los días de la indiferencia, de la incredulidad y de la persecución? Los revolucionarios de todas las naciones declaran guerra á muerte á los monjes y á los frailes; y los monjes y los frailes, abatidos y pobres, que no asustados, se retiran á cuidar de sus bibliotecas y de los monumentos que perdonó, ó que á su paso no pudo destruir la iracundia feroz de las ambiciones y de los partidos.

Viniendo ahora á lo que es *ciencia*, el Angélico Doctor nos enseña que es "el conocimiento de las cosas por sus causas". Luego, no es simplemente el conocimiento de las cosas, es el conocimiento de las causas de las cosas; es la filosofía de todos los conocimientos humanos: he aquí la *ciencia*, en general. Así, la astronomía, por ejemplo, no consiste sólo en el descubrimiento de los astros, en la noción de sus posiciones respectivas y de sus movimientos; es el conocimiento de las leyes superiores que rigen al mundo de los astros, en cuanto puede alcanzarlo el hombre en esta vida.

La verdadera ciencia viene de Dios no menos que la verdadera fe: ambas son los ojos del hombre perfecto, esto es, del cristiano; y como de la armonía que existe entre los ojos y la luz resulta la óptica, del propio modo la unión de la fe y de la razón posesiona al hombre de la verdad, que es vista y conocimiento de lo que existe.

Desgraciadamente son pocos los verdaderos sabios; mas por obra de Satanás hay plaga de sabihondos que pululan en el día por todas partes, haciendo mofa de la Iglesia y de la fe, y proclamando sin ton ni son descubrimientos que prueban que no hay tal Dios creador; que la Escritura, y por tanto la Iglesia, se engañan en gran manera; que los cristianos carecen de sentido común, y otras aserciones no menos impudentes. Rousseau, Saint-Simón, Fourier, Cousin, Proudhón, Renán no tienen otras telarañas para aprisionar en sus redes al público, sobre todo al público de las Escuelas. Nada tiene que temer la Iglesia de tales adversarios: una verdad no puede estar en pugna con otra verdad, y todas las de la ciencia vienen directa ó indirectamente á tributar rendido homenaje á la verdad revelada.

Prueba la evidencia de esta aserción lo que está pasando en nuestros días con la antropología, ciencia que ensoberbecida con sus descubrimientos, ha ido hasta la temeridad de sostener la

generación espontánea para negar la existencia del soberano Creador. El transformismo y evolucionismo de Darwin y de Wallace, defendido con tanto calor y aparato de ciencia por los alemanes Carlos Vogt y Hæckel, y por el americano Cope han osado sustituir al poder criador *la lucha por la vida* (struggle for life) y la selección natural: es decir que la necesidad de vivir ha criado la vida, la necesidad de organismo crió los órganos, y la necesidad de orden crió la armonía. Hoy, gracias á experimentos más precisos y á más serios estudios, como los del Señor Quatrefages, ha podido levantar la voz en el mundo científico el Señor Blanchard, desafiando á sus competidores para que le mostraran un ejemplo siquiera de la transformación de una especie; y no ha habido quien le responda. Tantos trabajos y tantas investigaciones en los reinos de la naturaleza cuando más llegarán á demostrar que las clasificaciones hechas hasta hoy son imperfectas, y que es indispensable rehacer esa labor de los siglos: ¡triste resultado de tan laboriosas fatigas que condena á la ciencia humana á estar tejiendo siempre la inacabable tela de Penélope!

Así pues, en todo tiempo ha sido la Iglesia maestra, nodriza y madre de la verdad y de la civilización, como nos lo enseña el maestro infalible de la Verdad, León XIII; lo es aún hoy en día y lo será siempre; por lo cual decía el célebre Bacon: “La Religión es el bálsamo que preserva de corrupción á las ciencias”; si bien De Maistre corrige este concepto diciendo que “la Religión es más que el aroma de la ciencia, puesto que la ciencia es inseparable de la Religión”. En efecto, la ciencia no tiene otra luz para guiarse que la antorcha vacilante de una razón falible, cuando la Iglesia dispone de la luz infalible de Dios mismo. “Yo soy la luz del mundo, dijo el Rey de la Iglesia; el que me sigue no anda en tinieblas” ¿Acaso Bacon, Copérnico, Leibnitz, Newton, Pascal, Keplero, Descartes no creían en Dios, y no adoraban á Jesucristo? Ciertamente, y éstos eran sabios, y sabios de pro y de punto.

Y en nuestro siglo mismo ¿no cuenta por ventura la fe cristiana, entre sus hijos, mil y mil nombres ilustres por la ciencia y el saber? Cauchy, Ampère, los dos Champolliones, Biot, Marcelo de Serres, Elías de Beaumont, Cuvier, Blainville, Le Verrier, el doctor Sepp, Dœllinger, el célebre arqueólogo de Rossi, Caumont y tantos otros; y aun en el clero, capitaneados por el sapientísimo León XIII, los sabios Cardenales Maï, Mezzofante, Pitra; los Padres Secchi, Patrizi, Joubert; los abates Moigno, Gorini y mil más.—Lejos, pues, de excluir á la ciencia, la Iglesia misma la cultiva y la enaltece, ahora como siempre.

Oíd, Señores, en qué términos se expresa un varón ilustre, privado del todo de la vista de los ojos, pero mucho más escl-

recido de entendimiento que tantos adocenados y encopetados sabidillos; bien comprendéis que hablo de Monseñor de Ségur; dice pues el venerable Prelado: "La Iglesia no excluye á la ciencia así como la ciencia tampoco excluye á la Iglesia: son entre sí como madre é hija, gracia y naturaleza, fe y razón; Dios quiere que estén unidas, aunque subordinada la segunda á la primera. La Iglesia debe ir siempre adelante, porque viene del cielo y nos conduce al cielo, mientras que la ciencia es terrenal; pero nadie tiene derecho de separar lo que Dios ha unido. Pretender que sean enemigas la Iglesia y la ciencia es grosera blasfemia, es un insulto hecho á la ciencia no menos que á la Iglesia, es dar pruebas de mala fe ó de ignorancia. La fe es respecto de la ciencia lo que la luz divina respecto de la humana: ambas son luces. La fe, lejos de temer á la ciencia, la llama y la honra; y por su parte la ciencia, en vez de temer á la fe, le rinde homenaje, y humilde se postra con ella á los pies de Jesucristo Señor nuestro".

Al hablar de la influencia del Cristianismo en las ciencias, con razón echaríais de menos el que no tratase yo de la escuela cristiana; y la benévola atención con que os dignáis favorecerme, me alienta, Señores, á exponeros brevemente algo de lo mucho que ha hecho y sigue haciendo la Iglesia santa en beneficio de la educación é instrucción de la juventud.

En la economía del Cristianismo, la escuela cristiana es la primera estación de la vida humana, el pórtico de aquel templo maravilloso en que la fe debe introducir á la razón, para conducirla al santuario donde Dios reside, á través de las ciencias humanas que se despliegan en torno del edificio sagrado como una magnífica muralla, y se juntan á la cúspide de él, en la revelación divina, para encontrar en ella su coronamiento y perfección.

Las escuelas son tan antiguas como la Iglesia, puesto que de parte de su divino Fundador recibió orden y misión de enseñar: en todo tiempo ha enseñado ella con ardoroso celo á los grandes y á los pequeños, á los sabios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres; pero se dirigió principalmente á los que constituyen el pueblo á fin de ejercer su derecho de enseñar, al pueblo entonces desamparado de todos, y de todos despreciado. Seguramente antes de ella hubo en el mundo multitud de escuelas. Ya habían pasado siglos en que la India veía ocultar á sus bracmanes la ciencia misteriosa que profesaban, á la sombra de bosques seculares; los magos de Oriente mantenían escondidos los secretos de su erudición en los antros de Caldea. Heredera del Pórtico y del Liceo, Roma había visto erigirse sucesivamente sus dos academias, y en torno de la cátedra de Moisés, Hillel y Shammai atraían con el encanto de su palabra á los talentos de la Palestina. En todas estas escuelas discutía, habla-

ba la sabiduría; pero los pequeños, los ignorantes, el pobre pueblo, esto es la grande mayoría de la humanidad, esos millones de esclavos considerados como bestias, el pueblo hambriento de doctrina y de luz, se mantenía en la puerta de tales escuelas, sin que le fuese permitido penetrar á lo interior: allí estaba mirando sin poder ver, oyendo sin comprender, y de las mesas opulentas de esos ricos de la inteligencia no caía una migajuela siquiera de pan con que saciaran el hambre los pobres de espíritu. ¡Ah! no es de extrañar que, á fines del siglo pasado, Voltaire y La Chalotais no tuviesen bastantes sarcamos para echar en cara á los discípulos del Beato de La Salle el celo con que difundían la instrucción en el pueblo. ¿Pero acaso en el segundo siglo, los precursores y maestros en la impiedad de estos dos engendros monstruosos, no habían hecho ya el mismo cargo á la Iglesia? En el desdén con que miraban á las clases populares ¿no decían ya, por ventura, á los nuevos institutores de la humanidad: “Cuando buscamos vuestra cátedra, seguros estamos de encontrarla en medio de una multitud de zapateros, de cardadores de lana y de bataneros”?

Así se expresaba el mundo pagano por boca de Celso, úno de los primeros corifeos del libre pensamiento, y Orígenes nos dirá con cuánta noble osadía y firme continente acepta para el Cristianismo un cargo en que cifra toda su gloria. ¡Cuán hermoso es, en efecto, el ver cómo la Iglesia, desde su aparición en la escena del mundo, pone en práctica la máxima de la instrucción para todos, cómo abre sus didascalías á los hijos del pueblo, cómo se inclina hacia los humildes de la tierra para hacerlos partícipes del beneficio de la educación cristiana, y baja hasta los más oscuros tugurios, á fin de no excluír del patrimonio común de la verdad á ninguno de esos desheredados de la ciencia, reputados hasta entonces por incapaces de toda cultura intelectual y moral! ¡Cuán digno de admiración es el ver á los más ilustres ingenios del Cristianismo rivalizar en celo en esta obra de la enseñanza popular! Aquí, Clemente Alejandrino expone, en un admirable tratado, las grandes líneas de esta divina pedagogía, á cuya saludable influencia no debe quedar extraña ninguna de las almas redimidas con la Sangre del Cordero inmaculado; allí, el grande Agustino da treguas por un momento á sus brillantes controversias, para aplicarse al arte de instruír á los sencillos y á los ignorantes. Por doquiera encontramos á la infancia rodeada de los cuidados que le prodiga la Iglesia y amparada bajo su protección. Ha desaparecido ya para siempre, en los confines lejanos de la historia, ese monte Taigeto, desde cuya cima una política bárbara precipitaba en Esparta á las inocentes criaturas consideradas inútiles para el servicio del Estado por enfermizas ó contrahechas! Se desmenuzaron ya, para siem-

pre también, esos ídolos de Cartago en cuyas aras inmolaba la impiedad supersticiosa crecido número de víctimas á quienes sus tiernos años y su debilidad debían de servir de defensa contra tamaña aberración del sentido moral! La idea cristiana dejará anulado ese derecho de vida y muerte que la Roma pagana confería á una potestad tanto más cruel cuanto abusaba del sagrado carácter de la paternidad. El Evangelio santificó y consagró la infancia como consagró y santificó la pobreza; y para verificar en el mundo esta saludable revolución, úna de las más maravillosas de todas, bastaron dos palabras emanadas de los labios sacratísimos del Hijo de Dios: "Dejad que vengan á mí los niños.—El Espíritu del Señor me ha enviado á evangelizar á los pobres". Esta evangelización de los pobres es úna de las señales características de la misión de la Iglesia, y la enseñanza de los niños, el medio empleado constantemente por Ella para hacer penetrar en los pueblos la divina luz de la doctrina y de la moral cristianas. No de otras armas se sirven los misioneros, ora vayan á predicar en las llanuras pantanosas de Dinamarca, ora se dirijan á los abrasados arenales del África central, ora se internen en las intrincadas selvas de América.

Encontramos establecidas las primeras escuelas del Cristianismo junto á la casa parroquial, bajo la inmediata vigilancia del pastor que se encarga de instruir gratuitamente á los niños y de enseñarles los primeros elementos de la fe; vienen en seguida las episcopales y las abaciales, en las que se profesan ciencias más elevadas, y por fin, la escuela palatina, en el palacio mismo del emperador, que reúne en ella á los hombres más conspicuos del imperio, tomando parte el príncipe en los estudios y tareas, como lo hizo Carlomagno.

Para multiplicar los centros de instrucción popular, para establecerlos en cada ciudad, en cada pueblo, y hasta en la más insignificante aldehuela, la Iglesia empleará todos los medios que estén á sus alcances: lo impondrá como precepto por la voz de sus concilios; estimulará el celo de reyes y emperadores; provocará los edictos de los príncipes, y, cuando fuere menester, hasta los medios de coacción de que ellos disponen; á falta de maestros seculares, dedicará á esta obra capital los ministros del Santuario, sus sacerdotes, sus religiosos. Durante diez siglos—por confesión misma de sus adversarios—"el Catolicismo ha sido el promotor más eficaz del desenvolvimiento popular de la inteligencia humana".

Mucho se pregona en los días que corremos de democracia, el movimiento ascensional de las clases inferiores hacia las superiores por medio de la instrucción del pueblo. ¿Y no es acaso la íntima unión de la Iglesia y de la escuela la que ha hecho germinar en el pueblo los grandes talentos y los ingenios de pri-

mer orden? El hijo de un carpintero de Toscana, salido de una de esas escuelas monásticas, llegará á la cumbre de la grandeza intelectual y social bajo el nombre de Gregorio VII; el hijo de un humilde zapatero de Cahors, merced á los medios de instrucción difundidos en torno suyo, honrará al primer trono del mundo con el nombre de Juan XXII; un tierno pastorcillo de Montalto saldrá de una escuela de cordeleros para llegar á ser todo un Sixto V. Abrir escuelas para los hijos del pueblo, á fin de explotar de esta mina fecunda las riquezas que ahí tiene encubiertas la mano de Dios, á fin de suscitar y poner de manifiesto todas las aptitudes, todo el mérito, todas las virtudes, tal ha sido la ocupación constante de la Iglesia, y esta ocupación en todas las edades es uno de los timbres más preciados de su gloria.

Muy sin razón, pues, se atribuye la Reforma el honor de haber tomado la iniciativa en la fundación de escuelas primarias. Siglos antes que el monje apóstata publicara en Alemania sus *Direcciones á los inspectores*, el santo Concilio Lateranense y varios concilios provinciales formularon las prescripciones más apremiantes para que se establecieran dichas escuelas en todas las provincias, y además la instrucción pública recibió nuevo y vigoroso impulso con la creación de seminarios en cada diócesis. La herejía no hace más que remedar á la Verdad: le hurta las ideas, las desnaturaliza, y luégo las presenta al mundo como concepciones propias suyas. Lutero habla después de los Concilios, y los gimnasios protestantes no son más que una copia imperfecta y mutilada de las universidades católicas y de los colegios de la Compañía de Jesús.

Nunca ha perdido la vida cristiana su antigua fecundidad, y en todo tiempo se ha consagrado la Iglesia con ahinco á la enseñanza. Al frente del protestantismo, que implantaba el principio del libre examen y pretendía emancipar á la razón, continuaba Ella difundiendo en las almas las luces de una predicación incesante. Después de haber creado las universidades que, olvidadas del origen que tenían, le disputaban sus derechos imprescriptibles, mandó á los Jesuítas, orden militante y docente que, con cien años apenas de existencia, cubría ya la Europa con sus colegios destinados á la enseñanza de la clase pudiente y de la media. Bourdaloue, Bossuet, Massillón enseñaban á los reyes y á la corte desde la cátedra de Versalles. Bossuet entraba en pugna con los corifeos del protestantismo y les enseñaba la Escritura Santa desfigurada por ellos, junto con la historia de la que no querían hacer memoria, y se daba tiempo lo mismo que Fenelón para ocuparse en la educación de los príncipes. Los Benedictinos de la congregación de San Mauro sentaban en sus sabias publicaciones los fundamentos de la ciencia y de la crítica históricas. El Oratorio les disputaba la palma de la erudi-

ción de las cosas sagradas. El Seminario de las Misiones extranjeras se hallaba establecido para la evangelización de los paganos y de los bárbaros. Innumerables congregaciones se fundaban para la educación de las niñas. El abad de Rancé iba á enseñar las reglas de la austeridad monástica á los descendientes de las órdenes antiguas decaídas de su primitivo fervor. Por fin, á la cabeza de la Iglesia, el Papa velaba sobre la pureza de la doctrina, la integridad de la razón humana, y con la condenación de las proposiciones de Jansenio defendía la libertad.

Mal puede el reinado de la Verdad ser pacífico y bonancible en ésta nuestra vida militante y tormentosa: la herejía con sus múltiples cabezas va dando vueltas inútiles en torno de Ella con el fin de suplantarla; la que privaba entonces era el jansenismo, y, no menos terrible que las herejías precedentes, debía agitar á la Iglesia durante un siglo. Al propio tiempo el galicanismo, de prosapia más antigua, y quizá tan peligroso y avasallador, puesto que iba á enseñorearse de Luis XIV por el orgullo y perturbar el genio de Bossuet, continuaba sus maquinaciones. Tal era la época en que fue dado al mundo el Beato Juan Bautista de La Salle, Fundador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Él también había de ser creador de una enseñanza; había de recibir el depósito de la doctrina, conservarla intacta y en seguida difundirla, especialmente entre la clase más humilde y numerosa, que estaba desamparada por falta de maestros. La Iglesia y la humanidad entera habían de contarle como insigne bienhechor de la infancia, y (perdonad, Señores, una expansión del amor filial) así como la caridad tiene su Vicente de Paúl, también había de tener el suyo, en la persona del Beato, la enseñanza popular.

Si el siglo de Luis XIV, en el apogeo de su gloria, con prosperidad inaudita ha llegado á una civilización superior á la de Roma y Atenas; si las eminencias sociales están bañadas en vivísima luz, los hondones son tenebrosos, y la multitud innumera de niños pobres se halla sumida en tal ignorancia y, por consiguiente, en tamaño horror de corrupción que es imposible describir. Las guerras prolongadas, el hambre, la miseria, las trabas impuestas al celo sacerdotal por tantas herejías turbulentas y pertinaces, trastornan y devastan el seno de las familias. Los niños se multiplican y crecen en ellas sin que nadie se compadezca de sus almas, ó, por lo menos, logre socorrerlas eficazmente. Si la Religión, empero, no va á iluminarlas y purificarlas, tarde ó temprano saldrá de esos antros y cavernas, de esos tugurios abyectos, una horda de bárbaros que pondrán á saco la sociedad magnífica pero neciamente irreflexiva: ahí está el mal, y el peligro ahí.

No bien lo comprende Juan Bautista, cuando pone mano en

la obra sin tregua ni reposo. No le deslumbra ni fascina el brillo seductor de las alturas, sino que busca de preferencia los oscuros abismos de la ignorancia y del vicio, y desciende á ellos á fin de rehacer por los cimientos una sociedad cristiana. Para esto funda sus escuelas, á las que da por basa la religión, que es para el hombre el fin supremo de su existencia; les pone por coronamiento la ciencia, porque fe y ciencia son dos hermanas, hijas de un mismo padre, que van mano á mano, prestándose apoyo mutuamente; en medio de las dos asienta la educación, que forma los corazones, doblega las voluntades bajo el yugo de una autoridad moral, y enseña al hombre á vivir bien á fin de que pueda morir bien. La idea matriz del Beato de la Salle es, pues, la educación de la infancia, de esa edad tan tierna y preferentemente amada de Jesús; y, fiel imitador del divino Maestro, aprendió de su Corazón sagrado el amor que debía profesar á la parte más interesante del rebaño de este dulcísimo Pastor, porque el niño es el embellecimiento de aquesta morada terrenal á la que llena de embeleso con su lozanía y hermosura espiritual; es la azucena que embalsama con su perfume la corrupción que encierra el mundo en las entrañas; es el fruto bendecido y anhelado del plantel de la Iglesia, fruto recibido con amor, rodeado de solicitud, de respeto y de cariño; es la esperanza de la humanidad y su porvenir: faltando el niño, queda el mundo sin objeto; es, por fin, un ángel del cielo en la tierra, dotado de los encantos y atractivos de tal. Además, tiene el niño la docilidad del espíritu; da crédito á la palabra de su padre y cree en el amor de su madre; anida la pureza en su corazón, ajeno á los huracanes y tempestades de las pasiones; resplandece en sus miradas la purísima luz de la inocencia; le sonrío la sinceridad en los labios; habla sin dolo la verdad, y la verdad hasta ser terrible. Así compendió al niño el Beato de La Salle, y en sus escuelas preparó el porvenir de la patria, la cual no puede salvarse sino por la educación cristiana de los niños.

A pesar de las pomposas iniquidades del siglo XVII, de las saturnales del XVIII y de los esfuerzos titánicos del XIX por escalar el cielo y derribar á Dios del trono de su gloria; á despecho del encarnizamiento veinte veces secular del infierno y del mundo por degradar á la inmaculada Esposa del Cordero, la sociedad se salvará de la apostasía universal, siempre que los gobiernos y los individuos encargados de dirigir á la niñez y á la juventud no destierren á Dios de la enseñanza, y sepan formar generaciones que reconozcan en el sacerdote un amigo, en el Evangelio el libro de los pequeños y de los grandes, la ley del orden, de la paz, del honor y de la verdadera fraternidad universal.

Si desaparecieran, como lo intenta la hidra revolucionaria, las escuelas y demás centros de educación cristiana, ¿qué sería

de la juventud abandonada así á la satánica acción de la incredulidad? Iría á militar debajo de las banderas del ateísmo, entre cuyos secuaces se encuentran á cada paso adolescentes de prematura vejez, estigmatizados por el vicio, de rostro macilento, frente cínica, labios impuros y mirada torva, que amenazan más terriblemente á la sociedad que las invasiones de los bárbaros.

Cuando á los cuarenta años de la retirada de Totila, penetró Belisario en Roma, quedó aterrado á vista de tantas ruinas como había dejado tras sí el feroz conquistador. No serán menester cuarenta años para que la juventud sin Dios inspire al mundo un terror más inmenso y legítimo que el de Belisario: los cataclismos sociales son más rápidos y de más funestas consecuencias que los trastornos y catástrofes materiales del universo!

Paso á discurrir brevemente sobre la influencia de la Religión en lo bello y sublime artístico y literario. ¹

Roma es el centro de toda grandeza artística, escuela universal donde aprenden las generaciones y se forman los maestros, vasto y admirable museo donde las bellas artes han depositado sus obras capitales y conservan el esplendor de su culto; por eso, Señores, no llevaréis á mal el que al hablaros de los primores que se encuentran en las bellas artes prefiera yo estudiar los monumentos de la ciudad de las siete colinas, donde está escrita con caracteres de luz la historia de lo bello, y donde resplandece en museos, en palacios y en basílicas la riqueza de los siglos y la gloria de los genios.

La más exacta expresión de la vida de los pueblos es el arte: pueden desaparecer los anales, quemarse los archivos y extinguirse toda tradición; si quedan monumentos artísticos, fácil cosa será reconstruir el carácter del pueblo y aproximarse mucho á su retrato, si ya no se puede formar perfecto. Pero de todas las bellas artes ninguna sirve para esto tanto como la arquitectura. Determinen la pintura y la escultura, determine la música, y sobre todo la poesía, los grandes apogeos y las grandes decadencias de cada nación; pero de cierto, si resumen y reflejan su historia, no la escriben como la escribe la arquitectura; las páginas de piedra que ella nos ofrece quizá se presten en el transcurso de las edades á la variedad de interpretaciones, mas nunca á la mentira ni á la falsificación.

La ciudad reina del universo simboliza todas las glorias y todas las grandezas de los tiempos y de las naciones: para alojar á todos los dioses del Olimpo, construyó su Panteón; para rendir adoración á Júpiter, óptimo y máximo, su dios nacional, levantó el templo del Capitolio; para honrar la majestad de la

¹ Para esta parte del discurso hemos tenido á la vista, entre varias obras, particularmente la del Señor Severo Catalina sobre *Roma*.

plebe romana, erigió el Anfiteatro. El Cristianismo, con un esfuerzo supremo de la inteligencia, para rendir homenaje y culto á su Dios y Señor, construye la catedral, no de una ciudad sino del mundo entero. “En esta manifestación del genio, dice un sabio escritor, la más atrevida que se conoce, el arte cristiano halla medios y espacio para desenvolver en toda su grandeza la idea de la Iglesia católica”.

El politeísmo griego no podía imaginar monumento de tanta grandeza. El templo de Esculapio en Trulli, y el de Juno en Samos, y el de Diana en Éfeso, y aun el de Apolo en Delfos, quedaron á inmensa distancia de lo que el sentimiento cristiano ha sabido realizar. La misma Roma, sobre todo la Roma de los emperadores, tampoco tuvo un templo que al de San Pedro pueda compararse; muy atrás de él quedan en magnitud, riqueza y esplendor: el de Júpiter Capitolino, el Panteón de Agripa y la Rotonda, la cual no viene á ser más que la cúpula del templo Vaticano.

Así como la Roma pagana resumió en su vasto seno todas las grandezas del mundo antiguo, así la Roma cristiana y la Basílica de San Pedro, que es su más alta expresión, encierra monumentos de todos los pueblos y de todas las edades. Para honrar la tumba de un pescador de Galilea, el Oriente y el Occidente, las ciencias y las artes, se han convocado á singular concurso, y la ciudad de los reyes, y de los cónsules, y de los emperadores se ha apresurado á contribuir con los restos magníficos de su opulencia fabulosa. El templo de Salomón y otros de Grecia y del Asia ceden sus columnas; el Panteón de Agripa guarda para San Pedro los broncees de su pórtico; Júpiter Capitolino se arroja en un horno de fundición para resurgir estatua del Apóstol; el foro de Nerva dará mármol para el altar; la escultura pagana se encarga de adornar la Cátedra que ha de ser trono del orbe católico; el Egipto, personificado en el obelisco, sigue con mirada atenta la gran revolución del Vaticano desde los días del imperio.

Ni una sola de las obras que ostentó la Roma omnipotente fue construída por la mano de la virtud ni por las inspiraciones del amor. La arquitectura romana se encoge de hombros cuando le preguntáis qué cosa es un hospital, un hospicio ó una casa de maternidad. Vitruvio no da reglas para semejantes construcciones. “Las ruinas presentes, dice el Señor Severo Catalina, recuerdan lugares donde se causaban heridas, no donde se curaban; recuerdan palacios donde se afligía á la inocencia, no asilos donde la inocencia recibiera cariñosa protección; recuerdan teatros espléndidos de insensatas alegrías, no plácidos refugios de almas tristes y de negros infortunios. La arquitectura romana no adivinó siquiera esta nueva faz del arte: el artista que había

de levantar palacios para los pobres y para los enfermos, para las madres desventuradas y para los niños abandonados, no había tomado aún pacífica posesión de la tierra; su nombre no estaba escrito en el diccionario de la fastuosa lengua de Cicerón ó de Virgilio. Aquel artista se llamaba *La Caridad*". En cambio, los edificios que construyó Roma para el vicio y el crimen, la Iglesia los ha convertido en asilos de penitencia y de virtud: sobre los restos imponentes de los baños de Nerón hay un convento de franciscanos; en la cumbre del Palatino oran las hijas humildes de San Francisco de Sales. Los mártires y los mendigos han heredado el palacio de los señores del universo!

Si á Roma hay que acudir para estudiar debidamente la historia de todas las bellas artes, la de la pintura y escultura hacen inexcusable el viaje, como que tienen allí escritas sus páginas y sus capítulos de más vital interés. Fuera de Italia existen ricas galerías, depósitos admirables de lienzos y de tablas, que son gloria inmarcesible de las generaciones que pasaron y embeleso de la actual; pero el gran movimiento artístico que en el siglo XVI se deja sentir en Europa, tiene en Italia su principio: de allí viene el impulso; allí están los maestros de aquella edad; allí han dejado sus obras capitales, los rasgos característicos de su genio, de su sabiduría y también de sus errores.

La pintura, expresión elevada de las ideas y de los sentimientos, tiene una historia que admirablemente se armoniza con la de las otras nobles artes sus hermanas. De la fama de Timantho, de Parrhasio, de Zeuxis y de Apeles no ha llegado á nosotros más que el eco: la pintura griega no brilla ya sino en el aplauso elocuente de los escritores: ¡contraste singular! la palabra, elemento aun más tenue que la pintura, ha sido más feliz que los cuadros de aquellos maestros insignes. El arte antiguo romano escasas muestras había logrado salvar de los estragos del tiempo; pero la exhumación de Herculano y de Pompeya trajo á la luz y al estudio de los tiempos modernos los tesoros que hoy guarda el museo borbónico de Nápoles. Para el arte cristiano que principia, puede decirse, en los tiempos apostólicos, Roma tiene en las Catacumbas sus Herculanos y sus Pompeyas, y en Letrán su gran museo de antigüedades cristianas.

La pintura cristiana naciente coincide con la pintura romana expirante; así, los frescos cristianos de mayor antigüedad son los de mayor mérito artístico, porque alcanzan todavía á la época en que el arte romano vive, aunque próximo á degenerar y á desaparecer. Las pinturas más toscas de las Catacumbas determinan el enflaquecimiento y la decadencia general de las artes. En la Roma subterránea se conserva y se salva todo lo accidental, lo inocente del arte antiguo, puesto que no estaba en manos de los primeros fieles, ni

entraba en sus necesidades religiosas el cambiar los elementos del arte, como la doctrina del divino Crucificado no venía á destruir sino á perfeccionar la naturaleza. La ejecución de las ideas absolutamente nuevas, puramente del dominio del Evangelio, aparece al principio sencilla, tímida, rudimentaria, poco más que una simple indicación de los objetos. El pincel y el buril que se emplearon en las Catacumbas obedecían más á los impulsos del alma que á las reglas de la estética; sus obras exhalaban, más que el aroma del arte, la poesía de la fe. Dejemos correr los siglos y desarrollarse los gérmenes de belleza artística que se esconden en esas líneas toscas y en esos contornos trazados con mano temblorosa; cuando otras manos den vida, movimiento y color á estos contornos y á estas líneas, el arte cristiano que será grande por Giotto, por Frà Angelico, por Rafael y por Miguel Ángel, volverá la mirada agradecida y enviará coronas á los modestos autores sin nombre, á quienes debe sus tipos más preciados.

Desde la tosca y sencilla indicación de la cruz, de la paloma ó del cordero, trazada en las Catacumbas por la mano piadosa de un adorador del Evangelio, hasta la *Escuela de Atenas* y la llamada *Disputa del Sacramento*, pintadas por Rafael en los afortunados muros del Vaticano, el arte de la pintura se desenvuelve con un carácter que en vano intenta desconocer ó amenegar el displicente escepticismo de nuestros días. Para probarlo, basta recorrer las galerías de Roma, que son ricas, riquísimas, en cuadros notables de casi todas las escuelas y autores.

Buonarroti y Rafael tienen en la cámara de la Signatura y en la Capilla Sixtina la noble ejecutoria de su principado artístico; y en esta última pusieron también la mano pintores como Signorelli, Lippi, Roselli y Corradi, celebrado maestro de Miguel Ángel. El Peruggino Pedro Vannucci, patriarca de la escuela romana, porque es padre de Rafael en el arte, dejó también escrito su nombre en la misma Capilla. Pero entre tan insignes artistas, preside y domina, como el águila en las alturas, la soberana inspiración del inmortal Miguel Ángel que, por obediencia del Pontífice Sumo, hubo de dejar el martillo y el escople para tomar el pincel y exornar la bóveda y el fondo de la Sixtina, desenvolviendo en éste el admirable cuadro del Juicio final y en aquélla el grandioso de la Creación.

Permitidme, Señores, pasar ahora á los dominios de Rafael, y admiraremos, en la Pinacoteca del Vaticano, la Virgen de Foligno y la Transfiguración de Jesucristo; en la cámara de la Signatura, cuatro grandes frescos que contienen todo un libro de espiritual sublime doctrina, y un verdadero poema de la pintura. La Teología, la Filosofía, la Jurisprudencia y la Poesía llenan aquel recinto, evocadas por el genio del de Urbino.

Como no entra en el propósito de este mal pergeñado discurso el relatar la historia de las bellas artes, sino el recordaros simplemente la influencia que sobre ellas ha ejercido la Religión santa nacida del Costado abierto del Salvador en la cruz, nada más os diré de las demás obras de los príncipes del arte cristiano, ni sacaré á colación las de tantos otros insignes maestros, como Frà Angelico, Giotto, el Dominiquino, Leonardo Vinci, Tiziano, Guido Reni, entre los italianos; os mencionaré sólo al español Murillo, cuyas Vírgenes son prodigios de hermosura sobre fondo de pureza, á Zubarán que, con sus santos, infunde devoción, y á Velázquez, ante cuyo Cristo la frente se inclina y se doblan las rodillas; á Rubens y Van Dyck que lucen entre los flamencos, y á Valentín y Poussín, entre los franceses.

La belleza es una reina que tiene muchos estados; acabamos de pasar por los de la pintura, acerquémonos á los de la escultura que le son fronterizos.

La escultura es una bella flor que se cría y desarrolla en el jardín amenísimo de Grecia; trasplantada á las siete colinas, ofrece todavía lujo en los pétalos y brillo en los colores, pero ha perdido gran parte del aroma; en los pueblos que se levantan sobre las ruinas del imperio romano, la escultura es ya una verdadera flor de estufa; en la edad presente, casi, casi es una flor artificial.

De los pueblos que aparecen más allá de la Grecia, en el camino de la historia, pocas noticias exactas han logrado reunir los infatigables cronistas del ingenio y de sus obras. Algo parecido á objetos de escultura debieron de ser aquellos ídolos que la hermosa Raquel se llevaba consigo, y que su padre Labán buscaba con tanto anhelo; objetos de escultura ofrece y describe el inspirado legislador del pueblo hebreo en aquellos admirables querubines del arca y en aquel candelero misterioso; escultura fue el becerro de oro, y prohibida en absoluto quedó la escultura para el pueblo de Israel en el código del Sinaí: la exaltación de la materia no decía bien con el monoteísmo austero; en las regiones donde impere el politeísmo será donde la forma tenga su culto. Ni en Egipto ni en otro pueblo alguno de la antigüedad llegó aquel arte al apogeo en que lo vieron Atenas, Corinto, Delfos y Rodas.

Grecia es la patria de la escultura: al transmitir á Roma y á los pueblos que sobre las ruinas del imperio se forman, el caudal de sus tesoros literarios y artísticos, tanto como en las obras insignes de Homero y de Demóstenes, perpetúa su propia gloria en las de Fidias y de Praxiteles, llegando el cincel de éste al ápice de la sublimidad, como aquél llegó al de la gracia y Mirón al de la expresión.

Las obras maestras que habían embellecido las ciudades sujetas á Alejandro, pasaron á Roma. Al templo de la Paz desti-

nó Vespasiano crecido número de aquellas obras maestras, y en el templo de la Paz se conservaban la Minerva de Fidias, una Venus de Praxiteles, y aquel Cupido que figura en la famosa oración del orador romano contra Verres; el Apolo de Briaxis; Latona, Esculapio y Diana de Ceficodoro; el Hércules y multitud de animales, de Mirón; la Niobe con sus hijos, el Jano que Augusto trajo de Egipto, y tantas y tantas otras obras de primer orden que llenaban los templos, los pórticos y los jardines de la Roma imperial.

Entre las joyas del arte helénico que avaloran el Museo Vaticano, nos contentaremos con enumerar el tronco de la que fue una estatua de Hércules en reposo, modelo de grandeza y sencillez, ante la cual pasaba inmóvil las horas Rafael, y cuyos contornos palpaba decrépito y casi ciego Miguel Angel; el Meleagro, estatua llena de belleza heroica; la estatua de Mercurio; el grupo de Laocoonte, formado de tres figuras humanas y dos culebras, que representa la imagen contraída del dolor; en seguida, el Apolo del Belvedere, imagen apacible de la alegría: después de la tragedia, el poema; después de Laocoonte, Apolo. Aquél es un mármol que solloza, éste es un mármol que ríe.

El arte de Grecia y de Roma no tiene palacio más espléndido que los museos de escultura del Vaticano: allí están todas las épocas, todos los estilos. Algo, muy poco, hay de la escultura moderna. El Perseo y los Pugiladores del italiano Canova, muerto en nuestro siglo, están á cortísima distancia en el espacio del Laocoonte y del Apolo; pero bien los separan en el mérito los veinte y más siglos que median entre unas y otras obras. La escultura brotó en edad y en tierras paganas, y en aquella edad y en aquellas tierras tuvo su rápido desenvolvimiento. El politeísmo, deificando hombres y animales, hizo de la materia y de la forma el principio de su culto y la fuente de su inspiración: desde la primera informe columna con ojos hasta el Apolo del Belvedere, se ve la marcha de una gran parte de la humanidad por el camino de la adoración al hombre corpóreo, de la apoteosis de la materia. Por eso la escultura había de lograr más difícil y tardío ingreso, sufriendo una grave mudanza, en un orden de ideas elevado y espiritual, en una religión que sólo estima el cuerpo como cárcel en que el alma está temporalmente cautiva, como frágil vaso de tierra que á la tierra ha de volver. A medida que la exaltación del espíritu oscurezca y eclipse el brillo de la materia, á medida que se difunda y arraigue la doctrina del cielo, que, en vez de hacer dioses á los hombres, hace hombre al verdadero Dios, los manantiales de la belleza serán más puros, la forma descenderá de ser esencia á ser accidente: sobre el hombre corpóreo habrá otro hombre de más soberana hermosura, de más resplandeciente majestad.

La exaltación de la forma debía ceder á medida que se abrieran y alumbraran los horizontes del espíritu. Con la pobreza, elevada á virtud por el cristianismo, con la austeridad de la doctrina evangélica, con la santa preponderancia de lo invisible, de lo incorpóreo, de lo sobrenatural, la idea de la belleza ha de buscarse en objetos más elevados que la figura humana, anatómica, material, desnuda, que constituye un elemento muy principal de la estética griega: en la física del arte, como en la física de los cuerpos líquidos, á la mayor altura del manantial corresponde la altura del surtidor; el manantial de la inspiración cristiana está mucho más alto que el de la inspiración griega, por eso el nivel de las obras que aquélla produce, se levanta hasta la cúpula de San Pedro, hasta el *Moisés* de Miguel Ángel y hasta la *Transfiguración* de Rafael.

En los primeros siglos de la sociedad cristiana inútilmente buscaríamos gigantescas manifestaciones del arte, á la manera que las ofrece la civilización que se derrumba. Como de una choza humilde de Nazaret salió la luz de la verdad, que había de alumbrar al universo entero, así en el seno oscuro de las Catacumbas, regado con sangre y lágrimas de mártires y de confesores, brota la flor modesta del arte nuevo, destinada á llevar por todas partes y por todos los siglos el encanto de su aroma y la hermosura celestial de sus colores. Pasarán los siglos: la luz de Nazaret irá extendiéndose de montaña en montaña y de horizonte en horizonte, y salvará los mares, y llegará á los más lejanos confines; y á la vez misma la flor de las Catacumbas irá creciendo, creciendo; y el viento llevará su semilla á todas las latitudes, y su perfume se percibirá en todos los pueblos: á la sencilla Basílica sucederán los templos majestuosos, perenne gloria del arte ojival; la escultura, emancipándose del sarcófago, y del muro, y de la puerta, y del altar, producirá estatuas, en las cuales, si no resaltan los primores de la anatomía, velados por vestiduras de anchos pliegues, refléjase la luz de otro cielo aun más puro que el de Grecia y el de Italia, imprimirá su expresión inefable el sentimiento de lo invisible y de lo eterno, dejaráse ver la sonrisa de la inocencia y de la castidad que Praxiteles y Fidias no podían comprender, ó el dolor de una alma humilde y arrepentida, tan distante de aquel otro dolor que se lee en la contraída faz de Laocoonte.

Cuando la escultura se inspiró en la idea cristiana y quiso representar algo más perfecto y sublime que los contornos del cuerpo y la hermosura del rostro, produjo el grupo de *la Piedad*, en que Buonarroti, muy joven todavía, supo esculpir un poema de dolor, de ternura y de santidad. Este grupo que abre, digámoslo así, la carrera de gloria artística de Miguel Ángel, representa á la Virgen María teniendo en su regazo el cuerpo muerto

de Jesús: es un cuadro á la vez del cielo y de la tierra, que excede á los límites del sentimiento humano. María en esa estatua vive para el dolor, y contempla en el cadáver de su Hijo las grandezas del misterio de la Redención. Cuanto más se mira y se estudia este hermoso grupo, menos se comprende cómo ni por qué caminos llegó Miguel Ángel desde la suavidad y dulzura que este mármol expresa, hasta la rudeza sombría y la majestad ceñuda del *Moisés* que, de cierto, no hubieran imaginado ni Praxiteles ni Fidias al reproducir á su Licurgo ó á su Solón.

Creo, Señores, no andar errado al sostener que la arquitectura, la pintura y la escultura son como el cuerpo, la forma, lo material de las bellas artes, y que la música y la poesía son el alma, la espiración, el soplo divino que, no teniendo vida inherente á formas ni contornos, dan vida é idealidad al cuerpo á que informan, pues nadie negará que las tres primeras encierran su música y su poesía, y que producen sensaciones en el alma que no á todos es dado sentir. Además, entre las diferencias que median de una á otra, la pintura es más libre en sus creaciones que la arquitectura y la escultura, la música más que la pintura, y más que aquélla, la poesía. Dado que no puede hablar el alma con formas visibles, habla no obstante con formas invisibles que la imaginación ve deslizarse como las sombras de encantadores sueños, yéndose el corazón tras ellas sin poder resistirlo. La música es una lengua vaga y misteriosa que corresponde á todos los afectos del alma, y que podríamos llamar la palabra de la sensibilidad, así como el lenguaje es la palabra de la razón: la naturaleza presenta un magnífico concierto y la música lo imita. Las impresiones de ella penetran en nosotros más hondamente que las de las artes plásticas. El cuadro, la estatua, la catedral, inmuebles, ocupan en el espacio un lugar distinto del que nosotros ocupamos; medimos con la vista la distancia que nos separa; pero la melodía, en alas del ritmo, parece que huye del espacio para acometer al alma, y ceñirla, y llevarla tras sí, bien como cuando á las orillas del mar llega rodando la ola que nos sorprende, nos coge, nos arrebatada y nos traga.

La música, hermana de la poesía, ha sido cultivada en todo tiempo. Arrebatado de admiración el hombre, en vista de las maravillas de la naturaleza, cantó desde un principio las bondades y magnificencias del Altísimo, y no bastándole el lenguaje ordinario para manifestar su reconocimiento al Supremo Hacedor, sintió la necesidad de armonizar las voces de su corazón y de arrancar de él la melodía del canto, y se ayudó en sus transportes de variados instrumentos músicos, combinando y dirigiendo, por medio de su industria, los ruidos informes de la naturaleza inanimada, y los transformó en sonidos agradables y expresivos, y convirtió la madera de las selvas, los metales de la tierra,

los nervios de los animales, en lenguas de su entendimiento y de su corazón.

Todas las naciones han tenido su música, así como todas tienen su literatura. Los hebreos atribuyen la invención de aquella á Jubal, los egipcios á Hermés, los indios á Brahma, los chinos á Fo-hi, los griegos á Apolo, á Orfeo, á Lino, á Anfión. Como úno de los más antiguos cantos con acompañamiento instrumental puede citarse, entre los hebreos, el de Miriam, hermana de Moisés, después del paso del Mar Rojo; pero en tiempo de David y de Salomón es cuando la música llega á su apogeo: al compás del arpa entonaba el Real Profeta sus salmos, y enseñaba al pueblo á magnificar el alto poderío del Señor, diciéndole, según la interpretación de Carvajal:

“La inmensa muchedumbre
Cantad de su grandeza sin medida,
De la celeste cumbre
Al abismo sin término extendida.
La trompa ronca y grave
Retumbé ya; respóndale sonora
La cítara süave
Con el dulce salterio, y cada hora
Su alabanza resuene.
Al tímpano la flauta travesera
Y el órgano conviene
Y el laúd añadir: de esta manera
Sus dotes soberanas
Ensalzad. En suave sinfonía
Acordes las campanas,
Las campanas con música alegría
Lo aplaudan, y festiva
Gloria le dé cuanto respire y viva”.

Según la mayor parte de los eruditos, la música hebrea difería poco de la egipcia, y de las faldas de las pirámides pasó ésta á Grecia donde debía desenvolverse maravillosa y rápidamente. Pitágoras inventó el monocordio, á fin de determinar matemáticamente las relaciones de los sonidos. Las partenias de Píndaro y los poemas de Homero se cantaban, y la rapsodia iba acompañada de la lira. Roma admitió desde luégo la música y los instrumentos de los etruscos, quienes los recibieron á su vez de Egipto. y sólo después de la conquista de Grecia, vino á enriquecerse en el Lacio con los progresos que ya había hecho en el pueblo sojuzgado.

Desde los primeros días del Cristianismo se introdujo el uso del canto en las asambleas de los fieles; siendo israelitas los primeros que siguieron la doctrina de Jesucristo, probablemente tomaron algo de los cantos del templo de Jerusalén para sus reu-

niones. En el siglo IV, San Ambrosio determinó la naturaleza de los que debían emplearse en la iglesia de Milán, y su sistema fue imitado en la mayor parte de las iglesias cristianas. En el siglo VI, el Papa San Gregorio Magno dio mayor amplitud al canto *ambrosiano*, y aplicó al ritual las mejores melodías religiosas usadas antes de él. Tal fue el origen del canto *gregoriano*, tan patético y lleno de unción religiosa, y que constituye hoy, con el nombre de *canto llano*, el canto eclesiástico propiamente tal. Pero vino una época en que los compositores se preocuparon de tal modo con las combinaciones armónicas que perdieron de vista casi por completo el sentido de las palabras y el fin á que debía ir dirigida la música, y hasta llegaron á tomar por tema de la de los templos, las melodías de las más extravagantes canciones populares. Fue tan grande el abuso, que los Pontífices romanos pensaron, con razón, en desterrar á la música del santuario. La tormenta fue disipada felizmente por el célebre Palestrina, príncipe de la música, que restituyó á las melodías sagradas su majestad sublime, y la que nunca ha sido superada. Por no entrar en mi propósito el enumerar á todos los maestros del arte, ni catalogar las obras que han producido, permitid, Señores, que me limite á admirar con vosotros las composiciones inspiradas por el Catolicismo, y que ponen á sus autores en el pináculo del templo de la gloria musical. Y si no, decidme si las misas de Palestrina y de Mozart no se consideran con razón como lo más hermoso que existe en estos dominios del arte. ¿Qué hay comparable con el gran oratorio de Haydn, sobre la Creación del mundo? ¿Quién arrancó acentos más patéticos al dolor cristiano que Mozart en su inimitable *Stabat* y en su *Misa de Requiem*, que fue para él el canto del cisne, antes de ir á abrasarse en la divina hoguera de inextinguible fuego é inacabables ardores? ¿Qué hay más expresivo que el *Moisés*, de Rossini, y tantas otras obras de autores contemporáneos que podría citaros? Aun en las óperas y en las sinfonías, lo que verdaderamente penetra hasta el alma, lo patético y sublime, es lo que reviste un carácter religioso, poniendo la consideración en lo más elevado, en la literatura del arte musical. Siendo como es un don de Dios, revelado á los hombres á modo de aprendizaje de lo que harán eternamente en el cielo, nunca se ostenta más noble y majestuosa la música que cuando canta las grandezas y misericordias del Creador, los dolores del Hombre-Dios y de su Inmaculada Madre, el arrepentimiento humilde del pecador ó los terrores del día final; por tanto, cuán indigno es que se introduzcan en los templos, antecámaras de la Jerusalén celestial, melodías que desdigan de su elevado origen y de su nobilísimo destino!

En el sistema general de las bellas artes, la poesía se ha colocado siempre en el lugar más eminente, porque, sea cual sea el

aspecto por donde se considere, ella es la expresión más perfecta de lo bello, de lo ideal. Tiene analogías muy notables con la pintura y la música, sus hermanas, pues posee como aquélla la facultad de representar vivamente los objetos, y tiene, lo mismo que ésta, como medio de expresión, el ritmo y el sonido. Existen, con todo, grandes diferencias entre estas tres artes: no puede la poesía representar de una manera precisa las formas visibles de los objetos, como hace la pintura, ni poner de manifiesto todos sus pormenores, dado que la representación poética no se dirige á la vista sensible sino á la imaginación; pero en cambio, no se halla circunscrita á un espacio limitado, sino que puede explayarse y presentar el objeto en toda la extensión y conjunto de su incremento sucesivo. Si la poesía no dispone de numerosa escala de sonidos, de esa variedad de tonos ni de esos acentos múltiples que forman el encanto del arte musical, tiene la ventaja de expresar los afectos en todas sus diversidades, en todos sus más delicados matices, en toda su energía y con la más completa claridad del pensamiento; hace más todavía: expresa todos los conceptos del entendimiento en su desarrollo progresivo, cosa que no es dada á otra arte ninguna. “Lo que constituye la superioridad de la poesía sobre las demás artes, dice Hegel, lo que le da una preeminencia absoluta, y hace de ella el coronamiento del sistema estético, es el tener como medio de expresión la palabra, que es el único signo adecuado del pensamiento. La poesía es el arte universal, el arte divino”. La palabra, en verdad, es el lenguaje más perfecto, el que más completamente puede revelar todos los misterios del alma, el lenguaje por excelencia, en suma, el Verbo humano, imagen del Verbo divino, de la misma manera que el alma humana es imagen de su divino Creador; bien que imágenes ambas alteradas, oscurecidas, afeadas por el pecado.

El campo de la poesía es tan extenso como el de la ciencia; pero ésta aspira á la verdad, y la poesía á la belleza; y aunque su fin directo no sea la investigación ni la enseñanza de la verdad, la verdad debe constituir su fondo, pues le corresponde expresar lo más sustancial de la vida humana, presentándole siempre en lontananza el fin para que fue criado. No es meramente un pasatiempo agradable ni un hermoso ropaje para recreo de los ojos y satisfacción de la vanidad; si así fuese, ni el común sentir de los pueblos habría comparado á los poetas con los dioses, ni se hubieran erigido templos á la gloria de Homero. Tampoco el fin directo ó especial de la poesía es moralizar; pero como el bien, fin supremo de esta vida terrena, debe ser el norte de todas las acciones y obras humanas, es evidente que también deberá ser el norte y luz de la verdadera poesía. El poeta no moraliza con el precepto ni con la demostración, sino con el sentimiento,

con la acción, con el espectáculo animado y propio encanto de la belleza moral. Más todavía que de lo verdadero, la belleza es el resplandor de lo bueno.

Penetrando en lo invisible á través de lo visible, subiendo al Creador por la misteriosa escala de las criaturas, con la antorcha de la fe en una mano y la de la ciencia en la ótra, con la esperanza en la frente, la caridad en el corazón y la verdad en los labios, es como el poeta alcanzará á merecer el nombre de vate, sacerdote y oráculo, y unirá su voz inspirada al himno santo de los cielos y de la tierra. El poeta no debe seguir al pueblo, ni mucho menos á la plebe, sino dominarlo, llevarlo en pos de sí, como Anfión movía las piedras al sonido de la lira, y las llevaba y colocaba donde quería, ó como Orfeo que amansaba con ella los tigres y leones. Ni mucho menos le es lícito hablar al vulgo en necio para darle gusto, porque las artes no son mozas de posada ni verduleras, sino matronas y reinas. Bien que no se desdeñen de mezclarse en las danzas populares, deben conservar siempre su dignidad é imperio; pues, si hemos de creer á nuestro literato nacional, el célebre autor de *Cumandá*, "el poeta es un ser condenado á buscar en la tierra cosas que se hallan sólo en el cielo . . . y se levanta sobre la multitud como el rey del pensamiento, engalanado con los diamantes de la fantasía, para hablar, seducir y encantar á las futuras edades, y esparcir sobre ellas los rayos de su gloria".

La poesía es de todos los tiempos y naciones; pero aunque siempre y dondequiera presenta unos mismos caracteres esenciales, deben distinguirse en su historia dos grandes períodos, en el primero de los cuales la poesía es, por decirlo así, el lenguaje natural del hombre, como se observa en los primeros siglos después de la Creación y en la cuna de las naciones que se formaron cuando la dispersión de los hombres al pie de la torre de Babel. Por el contrario, en el período de civilización más avanzada, en el que la reflexión y la ciencia se han vuelto más ó menos familiares para las inteligencias, y en el que dominan las costumbres lógicas y prosaicas, el estro poético no es ya patrimonio de la multitud, sino de un corto número de ingenios escogidos. No viene á cuento el hablaros aquí del *Ramayana* y del *Maha-Bharata*, poemas de la India; del poema de *Izdubar*, desenterrado de las ruinas de Nínive; del *Shah-Nameh*, poema persa; de las poesías de los chinos Li-tai-pe y de Thou-fou, ni de los siete poemas árabes del *Moallakat*.

Vosotros todos admiráis, Señores, los primores de dicción y de pensamiento contenidos en las obras maestras de los poetas griegos y latinos, y os habéis saboreado con ellas desde vuestra juventud, y muchos de vosotros las habéis traducido ó imitado en sonoros y elegantes versos castellanos; y por lo mismo ha-

béis palpado que el paganismo no podía inspirar los afectos puros, ardientes, profundísimos que constituyen el alma de la oda cristiana. Ni el *ditirambo*, ni el *poëan*, ni los demás himnos de los poetas griegos, ni el *Carmen sæculare* de Horacio admiten punto de comparación con la verdadera oda religiosa. El bello ideal de la oda sagrada está en la Escritura: los cánticos esparcidos en los libros historiales y proféticos descuellan notablemente sobre lo más grande que ha producido la poesía lírica profana; y si no, ahí está el cántico de Moisés después del paso del Mar Rojo, que con tanto acierto imitó Herrera en su canción á la batalla de Lepanto; el cántico de Débora, y el de la Virgen Santísima, el *Magnificat*, que es el más sublime himno de agradecimiento, á la par que el más encumbrado y majestuoso, y que contiene misterios tan altos y escondidos que los ángeles mismos los ignoran. Entre los libros de la Biblia hay uno en el cual la poesía y la elocuencia se dan la mano, haciendo ostentación de sus más brillantes galas, de su poder, de sus encantos y hasta de su vuelo divino sobre todo cuanto se ha escrito en el mundo; tal es el *Libro de Job*, mirado aun á la luz de la razón. Los salmos de David, el poeta lírico por excelencia, están llenos de grande nobleza de estilo, de brevedad sublime, de dulzura y resignación al expresar los dolores y angustias del alma. Isaías es el más puro y elegante de los poetas sagrados, y el que más se distingue por la grandeza de las ideas y de la expresión. Jeremías no tiene rival en los *Trenos* ó lamentaciones que escribió sobre las ruinas de su ciudad natal, en los cuales se respira una ternura y melancolía que arroban dulcemente el ánimo. Si la Biblia, en resumen, como palabra revelada merece nuestro respeto y acatamiento, como obra literaria es la joya más preciosa que en el mundo existe.

Mr. de Chateaubriand, más poeta que razonador, al ocuparse en el mismo objeto que me propongo, trajo á cuenta las bellezas poéticas que produjeron los antiguos, y sujetándolas á ligera comparación con las que han dado los ingenios modernos, falló á favor de éstos á veces con parcialidad, y no pocas con sobra de injusticia. No soy adorador de los tiempos que pasaron; pero tampoco me complacería en arrancarles sus glorias para coronar con ellas los presentes. En examinando la influencia del Cristianismo sobre la literatura y las bellas artes, tampoco creo acertado el procedimiento de hacer apreciaciones de lo que éstas han producido, sino de lo que producir pueden inspiradas por su luz y vivificadas por su aliento celestial. Descendamos á una comparación: Homero y Klopstock nos abren sus poemas: aquél representa á Júpiter Olímpico del modo más sublime que puede idearse por la más sublime fantasía; pero escoge el momento en que el padre de los dioses es sublime, ya que en la fábula risue-

ña de su vida hay actitudes, hay acciones que degradarían á los brutos; la pintura de Homero es perfecta, nada queda de Júpiter por describir, y el esfuerzo del poeta no pudo llegar á más. El autor de la *Mesíada* sigue los pasos del Calvario derramando lágrimas; copia de su héroe las angustias supremas del moribundo Dios; pinta los terrores de la muerte en la majestuosa faz del Padre de la vida, y pone en movimiento los cielos, la tierra, los espacios y el infierno; el cuadro trazado por el cristiano es sin duda mucho más sublime que el del griego: en él está campeando el sublime de la grandeza en lo más profundo de la miseria; pero el cristiano pudo todavía haberlo realzado más, y después de eso mucho más aún, y luégo engrandecerlo hasta lo infinito; el cristiano pudo presentar al Mesías en cualquier acto de su terrena vida, y en cualquier acto de ella siempre tan grande y tan magnífico, que la fantasía por más que se remontara á lo ideal, hubiera de quedar menguada y sin expresión.

El pincel de Cos pudo haber copiado con grandeza de estilo á Júpiter como lo imaginó Homero: la misma majestad en la soberana frente, la misma firme mano extendida sobre el mundo, y el rayo ardiendo encendido bajo sus plantas; pero habrían faltado tintas para la paleta de Apeles, fuerza al brazo y aliento á la imaginación para delinear á Jesús glorificado ante sus abortos discípulos. Rafael que concibió proyecto tan atrevido, Rafael que enriqueció al mundo con una maravilla del arte, fue sin duda sublime en la ejecución como el más sublime de los antiguos; pero para que el trasunto semejase al original, Rafael necesitaba ser divino. ¿Cómo pintar en pobre lienzo esa faz en que resplandece la autoridad suprema de la soberanía, la fuerza de la omnipotencia, la gloria de Jehová? ¿Cómo reproducir con los colores de la tierra y con terrena mano las célicas lumbres cuyos destellos ofuscan toda claridad hasta hacerla entenebrerse?

Maravíllanse los artistas con razón ante el grupo de Niobe doliente que, en castigo de un insulto hecho á Latona, vese reducida á llorar la muerte de sus doce hijos insepultos: pudo el artista inmortalizar en esos labios de mármol el ay! de la madre que llora por sus hijos, arrancar al dolor materno todo lo íntimo de sus tormentos para trasladarlo ardiente á una piedra fría y sin vida; mas si Praxiteles juntando en un ideal toda la belleza de su Venus, Scopas todo el dolor de su Niobe, vinieran á cincelar la estatua de María inocente, conjunto de cuanta poesía se encierra en la mujer, y quisieran representar á la perfecta madre que siente un dolor perfecto, cuán rebelde hubiera de parecerles entonces el mármol, cuán débiles sus golpes maestros, cuán fría la expresión de belleza y de dolor que ha hecho de sus obras un asombro para el mundo! Y esto depende de que la

Religión cristiana, dirigiendo las pasiones después de haberlas espiritualizado, las diviniza comunicándoles no sé qué atributo del infinito.

Pero Mr. de Chateaubriand llega hasta el extremo de negar que entre los antiguos haya habido poesía descriptiva, talvez sin atender á que desde Homero y Hesíodo hasta Virgilio y Horacio no se encuentra un verdadero poeta que deje de describir con más ó menos verdad, con mayor ó menor maestría y delicadeza. ¿Quién, sin exceptuar al mismo Tasso, traza con tanto vigor y novedad todos los horrores de un combate como Homero? ¿Quién, sin exceptuar á Thompson, Pope y Delille, nos pinta los hechizos de los campos con tanto donaire como Virgilio? Confesemos francamente la verdad: entre los antiguos hubo genios de primer orden; pero esos mismos genios habrían podido producir mayores bellezas á haberse inspirado en las fuentes cristianas.

Como prueba de mi aserción, os citaré sólo, en gracia de la brevedad, las principales obras maestras de los poetas cristianos que han bebido en los Libros Santos la inspiración y en ellos han inflamado el estro: el Paraíso perdido de Milton, la Divina Comedia de Dante, la Mesíada del ya mencionado Klopstock, los cantos de Herrera, donde luce en toda su pompa y lozanía todo el nervio del idioma castellano. Comparad la Atalía y la Ester de Racine, inspiradas por la Biblia, con Fedra, Andrómaca é Ifigenia, inspiradas por Sófocles y Eurípides; la Zaira de Voltaire con el Huérfano de China y aun con Merope; Polieucto de Corneille con los Horacios; la Biblia, en fin, con cualquier libro del mundo, y os convenceréis prácticamente de que las más floridas obras deben la parte más preciosa de su mérito á los sentimientos del Cristianismo y de la libertad que es hija suya.

¿Y qué diré de la por antonomasia llamada *Nación Católica*? Favorecida con una lengua dulce, enérgica y pomposa, que se presta fácilmente á la expresión de toda clase de afectos, con justo título puede ufanarse ella de contar entre sus escritores de primer orden á una santa Teresa de Jesús, fundadora de la escuela mística, que no lo cede en ventaja á ninguna ótra; á un San Juan de la Cruz, el doctor y poeta extático; á fray Luis de León, que supo unir, con felicísima industria propia, á los arranques líricos del poeta bucólico la dulzura evangélica del poeta cristiano; al gran poeta de la prosa, fray Luis de Granada; al príncipe de los escritores castellanos y regocijo de las musas, el inmortal Cervantes, y á una numerosa falange de poetas clásicos condecorados con el sagrado carácter de ministros del Santuario, cosa rarísima en las demás naciones, que no tienen entre sus sacerdotes un fénix de los ingenios como Lope de Vega, ó un divino Herrera, Castillejo, Calderón, Céspedes, Salinas, Góngora, Hojeda, Bartolomé Leonardo de Argensola, Polo, Mirademes-

cua, Soto de Rojas, Balbuena, Rioja, Iglesias, Reinoso, Lista, Gallegos, Pérez de Montalbán, ni ótros muchos que pudiera nombrar.

Después de lo que llevo dicho sobre la influencia del Cristianismo en las ciencias y en las artes, cábeme la dulce satisfacción de reconocer, Señores, que á nuestra amadísima Patria le ha cabido no pequeña parte en esa divina salutífera influencia; pues el Ecuador puede gloriarse con razón de contar entre sus hijos, sabios de la talla de Mejía, Maldonado, Espejo y Solano, adoc-trinados en las purísimas fuentes del Cristianismo; magistrados como García Moreno, honra y prez de la Patria, y digno objeto de envidia hasta de las naciones europeas, de quien un ilusre es-critor ha dicho:

“Que á su gran corazón y firme mano
Sobró grandeza y les faltó un imperio”.

y que “sentó consigo en el solio del poder supremo las virtudes excelsas del cristiano, hermanadas por providencial concierto con las de eximio magistrado y las de estrenuo capitán”. Patentes á todos están los soberbios templos de San Francisco, la Compañía y Santa Clara, legítimo orgullo de esta católica Capital y obras portentosas de arquitectura, lanzadas á desafiar las furias de los volcanes vecinos por la fe y devoción de nuestros padres. Entre los discípulos de Apeles merecen especial mención Miguel de Santiago, los Samaniegos, Salas, Cadenas, Manosalvas y Pintos, cuyos lienzos religiosos y aun profanos no tienen rival en América; lo mismo diré de las esculturas debidas al diestro cincel de Chil, de los Cristos de Vélez, y del San Vicente y del San Francisco de Paula del malogrado Carrillo; no les va en zaga la música con las producciones armónicas y delicadas de D. Aparicio Córdoba, de los Pautas, la Torres y Rodríguez.

Testimonio fehaciente y oficial, diré, del influjo religioso en nuestra literatura sois vosotros mismos, Señores Académicos, ora en las diversas obras que habéis compuesto, ora en los discursos que habéis pronunciado al penetrar en este santuario de las letras patrias, pues al recorrer dichos discursos, no he podido menos de quedar agradablemente sorprendido viendo que entre los asuntos que tratáis en ellos, únos son absolutamente religiosos, tales como “La Idolatría de la palabra”, “La Poesía en la Fe”, “Cristo, la Iglesia y la Poesía”; y ótros como “La Belleza”, cuyo tipo es Dios, “La Mujer en la civilización y en la estética”, “La Novela y el Drama”, con sus correspondientes contestaciones, se hallan magistralmente expuestos con arreglo á las doctrinas de la más pura ortodoxia. Por lo que respecta á la poesía ecuatoriana, la magnífica antología de poetas nacionales que, merced al buen gusto y laboriosidad de esta docta Corporación, saldrá á

luz para memorar el fausto centenario cuarto del descubrimiento de América, os dirá mejor que no mi desautorizada voz y cortos conocimientos, á qué altura ha llegado la gaya ciencia en ésta nuestra amada Patria, el número de vates que se ciñen con justicia los laureles de Apolo bajo nuestro límpido cielo ecuatorial, y cuánto deben á la inspiración religiosa la mayor parte de ellos, en cuyas composiciones domina la fe más viva y los afectos más puros del corazón.

No me parece aventurar demasiado mi juicio al asegurar que en los pueblos descendientes de la generosa y cristiana raza de Castilla, y por tanto en el Ecuador, es como distintivo providencial el que casi todos los poetas noveles, atraídos por un sentimiento innato, ensayan los primeros vuelos de la fantasía en cantar á la Madre del Amor hermoso, cuyo nombre es por sí solo una dulcísima poesía, cual los implumes aguiluchos se elevan por los espacios etéreos y se atreven á fijar la mirada en el padre de los astros, sostenidos por las alas maternas; pues, con ser María, después de su Hijo santísimo, el océano más insondable de grandezas y misterios hasta para las inteligencias angélicas, se vuelve accesible al entendimiento y al corazón del más pequeño de sus hijos, así como la luna baña con su plácida luz no sólo las plateadas crestas de nuestros gigantes andinos sino también las linfas cristalinas del humilde arroyuelo que corre por el valle. ¡ Dichosos los jóvenes que escogen por primer objeto de su amor á María! Dichosos los poetas que cantan las bondades y excelencias de María!

Perdonad, Señores, si estoy fatigando vuestra atención más de lo que debía: se ha engolfado mi pobrísimo ingenio en la inmensidad de un océano mucho más grande que aquél á que se aventuró Colón en busca de un mundo nuevo; y como Colón, pero sin su grandeza y su gloria, no he hecho más que pisar las playas de la orilla del riquísimo continente que, conocido sólo de Dios, os convida con sus riquezas y os cautiva con su sobrehumana hermosura.

CONTESTACION

AL DISCURSO ANTERIOR

I

SEÑORES:

Grata solemnidad es la presente, donde con afecto de hermanos y regocijo en el corazón, recibimos en nuestro seno á uno de los más dignos discípulos de La Salle. Sin duda por primera vez va á ocupar asiento en una Academia, quien viste la sencilla pero gloriosa librea del Apóstol de los niños. Joven aún, se presenta con la madurez de varón envejecido en las diurnas y fatigosas labores de la enseñanza y con la pluma del profesor que ha enriquecido su Establecimiento, dándole numerosos textos y obras llenas de nutrida doctrina, donde campean, en feliz consorcio, la sencillez y la claridad, el método y la galanura del bien decir. Confieso que siempre me han placido ingenuidad y franqueza, y gusto de ver exaltado á quien se empeña con sinceridad en empequeñecerse á los ojos de los demás. Me place, por lo mismo, contemplar entre nosotros al Hermano Miguel, digno aun de sentarse en medio de los mismos Académicos españoles, para contribuir poderosamente á limpiar, fijar y dar esplendor al habla castellana. La conoce tanto, la ha estudiado con tanto ahinco, que es verdadero maestro del idioma, cuyas bellezas posee, descubriendo sus tesoros y enseñando sus gracias á los numerosos alumnos que, cual bandada de pajarillos, le rodean bulliciosos, atraídos por esa irresistible simpatía que tiene la virtud, unida á la inteligencia, decorada con la sabiduría, sublimada por la modestia. La Academia anduvo acertada en la

elección del nuevo socio á quien pronto daremos el abrazo fraternal, como signo de benévola acogida. Al honrar á un hijo de La Salle, hemos querido, Señores, dar más lustre, si cabe, á un Instituto tan benéfico para nosotros, á esa asociación de abnegados varones, de cuyas casas han salido ya quienes son blason de la República, ora por la piedad, ora por la ciencia. Cuán consolador es para mí ver recompensado el mérito, y sobre todo, cuando éste se oculta en la gratísima opacidad del claustro, y está ajeno de pretensiones que inquietan y enorgullecen, y se rinde sólo al mandato del superior que le ordena aceptar merecidos honores.

Es justicia coronar la humildad y circuir de aureola de apacibles rayos la modestia. El Hermano Miguel es acreedor á la silla que se le ha designado, si se traen á la cuenta sus conocimientos literarios, su pericia en la lengua castellana y su envidiable erudición. Sin embargo, le juzgo más merecedor de la honra de este día, si se atiende á la virtud que oculta sus merecimientos y á la ingenua timidez con que se presenta.

Sin ruido de palabras ha ponderado con encantadora naturalidad su pequeñez y cuánto ha temido la honra, como peligrosa tentación movida por la soberbia. El nuevo académico es agradecido, porque es humilde, y es modesto, porque es sabio. La verdadera humildad es de suyo tímida y delicada; rehuye la fama y busca la vida obscura, donde el silencio es causa de meditación y estudio; es calmada, no presume, no se inquieta ni ansía vanos renombres; quiere aprender que no enseñar, y estima como inmerecida generosidad, la que es deuda que se paga al merecimiento.

En vano nuestro Académico, en su retiro religioso, pensando sólo en distribuir el pan de la ciencia á nuestros pequeñuelos, y en adquirir la sabiduría verdadera, que salva é inmortaliza las almas, se creía exento de honores. Allí, en la soledad, según su misma feliz expresión, ha ido á relampaguearle la honra. Como la luz acrece y se aviva más con nueva luz, como las aguas de un río se aumentan con nuevo raudal para dar más vida y fecundidad á los campos, las Corporaciones sabias, cuando llaman á su seno á varones viejos por el juicio, el saber y la virtud, despiden más resplandor y alcanzan acrecentamiento de erudición y doctrina. Nuestra Academia, si no sabia, porque de tal no presume, erudita é ilustrada al menos, llamó á su recinto á un benemérito de la instrucción primaria en el Ecuador. La valía del nuevo Académico aparece aun más patente á los ojos de este ilustrado concurso y de esta amable juventud que nos escucha, cuando le ven ocupar la silla que veló el dolor, el asiento del guerrero, del jurisconsulto, del diplomático, del escritor, del poeta. Bien está que á la espada y á la toga reemplace la

vestidura humilde del hijo de La Salle. El úno mandó, y con gloria, las huestes de la libertad que en día no muy remoto, desde el Macará hasta el Pichincha, vinieron á lavar con sangre manchas que afeaban el rostro de la patria; el ótro, soldado de la legión de Jesucristo, gobierna la pequeña milicia que más tarde será el sostén de esa misma libertad y la honra del Ecuador; ambos, literatos y poetas, son orgullo de las letras ecuatorianas y serán lustre de nuestra Academia. Pocos años contamos desde la fundación de este ilustre Cuerpo, y hemos visto ya tantas sillas vacías. Procuremos, por tanto, que siempre la virtud reemplace á la virtud, el talento al talento, el saber al saber.

Si, como justamente dice el nuevo Académico, la silla vacía va á ocupar por breve plazo, puesto que es corto el tiempo de la humana vida, cuán bien está que, como legado precioso, se trasmitan ciencias y virtudes. El General Salazar arribó á puerto seguro, precisamente cuando el mar borrascoso de la política con encrespado y negro oleaje azotaba la playa. Descanse en paz el patriota muerto para la tierra, vivo para la gloria, y descorramos el velo funerario de esa silla, y siéntese en ella el hijo de La Salle.

¡Coincidencia hermosa! Dos grandes fiestas celebramos en estos días: allá la fiesta de la libertad é Independencia, acá la fiesta de la ciencia y la literatura; allá resuenan marciales cantos y ecos de gloria que nos recuerdan la magna lucha que pasó; acá se oyen los acentos de la sonora lengua de esa misma Nación de quien nos declaramos independientes, acentos que son hoy señales ya de la alcanzada paz; allá probamos que somos descendientes de Cides y Pelayos; acá recordamos que en nuestras venas discurre la sangre que nutrió la existencia del que, en forma de genio, se llamó Cervantes.

¡Solemnidad de familia! La Hija se goza en el aniversario del día de su emancipación, y la Madre se complace en asociarse al regocijo. El Ecuador y España se unen con el lazo de su raza, y se felicitan en el mismo idioma.

II

En este mismo idioma, cuya pureza debemos conservar, hemos oído magnífico y bien meditado discurso. Vastísimo es su argumento, y fondo y forma se compenetran en él admirablemente. ¿Qué podría yo añadir á la lucidez, erudición y alteza de pensamientos del nuevo Académico? El asunto es excelso y tratado ya por grandes sabios, y repetido hoy con novedad y galanura. El tema es altísimo, y mi ingenio no excede de la mo-

desta medianía. Obligado por la Academia y por mi propia voluntad y afecto al compañero á quien estoy contestando, no le seguiré en la senda dilatada que nos ha trazado en análisis luminosa al hablarnos de la "Influencia del Cristianismo en la moral, las ciencias y las artes". Me concretaré, más bien, á breves y generales reflexiones, y á dar al nuevo hermano cumplida felicitación por la excelencia del tema que ha escogido y que tan bien lo ha desempeñado.

Al oír que el Cristianismo ha influído en la moral, las ciencias y las artes, me he acordado de las hermosas palabras de Jesucristo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, y en ellas, como en síntesis divina, veo realizado en el mundo, y comprobado por la historia, cuanto nos ha dicho el hijo de La Salle.

La moral que tiende al mejoramiento de las costumbres en el hombre, es seguro camino; la ciencia que ilumina, es la verdad, y el arte que ejercita el ingenio humano y dignifica el trabajo y proporciona el sustento, es verdadera vida.

La soberana influencia de esta enseñanza reducida á provechosa realidad, están proclamando casi diez y nueve siglos, y los acentos salidos de los augustos labios del Redentor, van en armoniosa resonancia repitiéndose en todas las edades, en todos los climas y en el interior de todos los corazones. La moral, antes poética noción y ensueño maravilloso en la mente de algunos filósofos griegos, divinizada, diré así, en Jesucristo, puesta por él en práctica, desde el Gólgota donde el divino Corazón palpita al aliento de las promesas y esperanzas, hasta nuestros días, en que, como reverberaciones del Eterno, vemos brillar las realidades, á manera de deidad benéfica, viene visitando el mundo. Comenzó su misión enseñando, la continúa obrando y la terminará salvando.

Abnegación, piedad y amor son los caracteres distintivos de la moral del Cristianismo. Por la abnegación se desprende el hombre de cuanto le es más amable sobre la tierra, y subyuga las pasiones más poderosas del corazón, y avasalla y domina sus deseos, aspiraciones y ansiedad del propio engrandecimiento. Se niega el hombre á sí mismo, y, de sí mismo olvidado, abraza todos los sacrificios, corre á todos los peligros y desprecia la muerte, acordándose sólo del bien de la humanidad. Como la moral debe ser esencialmente práctica, sin abnegación, estaría estacionaria, inerte, como esas estrellas fijas que alumbran estrecho espacio, y cuya luz no va siguiendo al navegante hasta su arribo al puerto. El Cristianismo inspirado en la mágica palabra de Jesús, *Yo soy el camino*, supo, y él sólo sabe, poner en práctica la verdadera moral, y agitando y conmoviendo el mundo maravillosamente, le sacudió del sueño de tantos siglos. El mundo que, bajo las extendidas alas del águila romana, yacía en

brazos de la molicie, arrullado por los cantos de la orgía y tentando las tinieblas sin conocerlas, despertó asombrado al acorde de armonías para él hasta entonces ignoradas y jamás oídas, y escuchó una nueva doctrina, y conoció una moral purísima, cual nunca presintieran sabios como Aristóteles y Cicerón. El mundo se avergonzó de sí mismo, y absorto en las enseñanzas que se le daban, embriagado dulcemente con las nociones del bien universal, sintió sobre su conciencia el peso del infinito por los pasados errores, y se pasmó del marasmo en que había yacido largas edades.

Doce hombres, como doce maravillosos genios, sacudiendo con brazos de gigante las naciones, y llegando adonde no llegaron en su vuelo las águilas romanas, son la prueba más grande, conmovedora y eficaz, de que la moral se abría caminos de esplendor y de que ella misma era vía de fulgores divinos. Era la moral purísima del Evangelio puesta en acción y enseñanza, erigida en ciencia saludable para los hombres. Como el Verbo descendió del cielo, no puede negarse que también su divina moral bajó de las alturas como encarnada en él, para trasmitirse á las generaciones á quienes el Redentor venía á enseñar.

Tan admirable es la moral que el Cristianismo recibió de Jesús, que talentosos impíos no han podido, como arrastrados de impulso irresistible, negarse á confesar que ella es purísima y digna de toda ponderación. Los impíos la alaban, y desearían sólo que fuera una ciencia puramente especulativa y quedara en hermosa teoría, porque su realización pide fuerza y necesita de vañones constantes; porque, practicarla, es vencerse el hombre á sí mismo, quebrantar todos los malos instintos, quemar sin piedad las pasiones en las aras del bien que se anhela. La ensalzan con los labios y la detestan dentro del corazón; porque son incapaces de asemejarse á la divinidad y fantasear siquiera con el *dei estis* á que pueden aspirar cuantos practiquen el bien, y pongan la moral en acción y hagan de ella ejercicio de virtud.

Sólo el Cristianismo ha podido reducir la moral á verdadera ciencia y á un Código divino que dirige bien y ordena los actos humanos, y analiza su bondad ó malicia, iluminando al hombre con esa antorcha indeficiente, que se llama Teología. Esa moral está demostrada á la razón misma con la más sana filosofía y enseñada aún á los más pequeñuelos é ignorantes en esa forma fácil, compendiada y sencilla, que llamamos Catecismo. Desengañémonos, Señores, quien no sabe ese como despreciado librito que anda en manos de nuestros hijos y que, á manera de canto diurno, se repite en las escuelas por voces infantiles, no es ni filósofo ni sabio, por más que presuma serlo. Dígalo el hijo de La Salle, que nos ha hablado tan hermosamente de la moral, si en ese diminuto libro no está, como en pequeño vaso de esen-

cia preciada, contenida toda la sabiduría, toda la enseñanza del Maestro divino de la moral del Cristianismo. Si la enseñanza del pequeño Catecismo no ha influido en la moral de los pueblos, si no ha cambiado la faz de la tierra é iluminado el mundo, aceptaré de grado que se me llame soñador. La influencia de la moral del Cristianismo es esencialmente consoladora. ¿Quién no la recibe con espiritual regocijo y consuelo, quién no se alienta á practicarla, cuando se convence de que es camino que conduce al bien y está seguro de descansar á la postre en brazos de la felicidad? ¡Ah! la felicidad, Señores, esa suprema aspiración de todo sér inteligente, ese paraíso de las almas, el cual buscamos con ansia incansable, no se consigue sino con la moral del Cristianismo.

La moral cristiana es eminentemente piadosa, y esa piedad comienza por nosotros mismos, y la hacemos extensiva á los demás, y acabamos por querer abarcar á todo el Universo en lazo común. Cuando la ciencia del bien obrar ha robustecido nuestra mente y llenado de emociones el corazón, y sentimos las delicias del bien en nuestro propio sér, como no cabiendo dentro de nosotros mismos, queremos participar á toda la humanidad nuestro afecto, nuestra convicción y nuestra ciencia. La piedad es engendradora de otras virtudes: no descansa en sí misma; es afanosa, diligente y solícita; quiere libertad para practicar el bien, y, confiando en Dios que le enseña el bien y ordena ponerlo por obra, se anda por el mundo buscando males que remediar; indaga dónde hay lágrimas que enjugar, oye dónde hay gemidos que acallar y huérfanos que recoger. La moral en acción constante y afanosa, es la verdadera piedad divinizada, es la que constituye no los filántropos sino los santos. A la piedad no excita la soberbia ó vana complacencia, disfrazada á veces con el pomposo nombre de filantropía, sino la moral en práctica con el sencillo y significativo nombre de beneficencia. Hacer el bien y enseñar á otros que lo hagan; sacrificarse y ennoblecer, para ejemplo de otros, el sacrificio; ser feliz y hacer dichosos á los demás, es enseñanza de los cielos, es seguir el ejemplo divino de Jesús, que divulgó su moral, porque era piadoso y venía á ser camino del cielo. La piedad impulsada por la moral cristiana, lo que es un sentimiento natural á veces en el hombre, lo que es genial, alcanza á transformar en virtud heroica, y con alquimia, que ella sola sabe, lo torna en oro de subidísimos quilates.

Las acciones humanas, encaminadas directamente á la consecución del bien, son la moral purísima que endereza al hombre á la virtud desinteresada en pro de sus semejantes, á ser piadoso, á aumentar los dones de la gracia y obrar prodigios. La moral del Cristianismo llevada á la perfección, es la piedad que se toca, que se palpa, que se ve; es la personificación del heroís-

mo en Vicente de Paúl, en La Salle, en el Padre Damián. Señores, no todo lo admirable es siempre grande y excelso: á veces hay la potencia del genio, pero falta la moralidad en las acciones humanas. Napoleón, absorbiéndose los imperios y haciendo temblar á los reyes como á tímidos niños, me suspende y maravilla; el Padre Damián, volviéndose voluntario leproso entre los leprosos, me conmueve y asombra. A Napoleón veo que jamás podré imitarle, ni me es preciso ni útil procurarlo; al Padre Damián puede seguirle cualquiera que se proponga, porque la verdadera virtud está al alcance de todos. Vese allá la inmensidad del genio, alto, tan alto, que su misma alteza le desvanece y cae; acá luce la grandeza de la moral del Cristianismo, tan firme, tan sólida, que no la moverán los siglos. Los verdaderos piadosos son los únicos inmortales, con esa inmortalidad que conocen y de que se dan cuenta aun los más ignorantes. Al huérfano que encontráis lloroso junto á las puertas de San Carlos, habladle de las hazañas de César, y no os entenderá; pero contadle quién fué Vicente de Paúl, cuyas hijas van á darle albergue y alimento, y os habrá comprendido en el instante.

El amor, ha dicho el nuevo Académico, es la esencia de la moral cristiana. ¿Quién osará contradecirle? Obra exclusiva del amor fué la creación de todos los seres. Dios no quiso estar solo, ni gozar solo del cúmulo infinito de sus perfecciones. Creó astros donde irradiara el esplendor de su belleza, cielos donde brillase su majestad, espacios donde se dilatase su grandeza, ángeles á quienes participara destellos de su inteligencia, hombres en cuyo corazón ardiera perenne su amor.

Después, cuando el hombre, entibiado ese amor, se apartó del camino que le llevaba á la felicidad, Jesucristo bajó del Edén en pos de ese mismo amor extraviado, y fundó su moral, y sobre ella estableció, como en purísimo asiento incommovible, el alcázar eterno de la caridad del Cristianismo. Los preceptos divinos de Jesús, esparcidos aquí y allí en el Evangelio, forman la síntesis de la moral, y todos ellos están como impregnados de un aroma de divino amor que trasciende con suavidad al fondo de las almas. Todas sus enseñanzas, sus máximas, sus ejemplos, respiran amor. Para Jesús amor fué necesidad, que vino del cielo, y para amar á los hombres, y ser amado de ellos, fundó primero su moral y les enseñó lo útil, lo provechoso, lo conveniente, lo bueno. Como Dios le dió al hombre la libertad, le dió también enseñanza de moral que vivificase esa misma libertad, y bien guiada la levantase por caminos de luz á las fruiciones del infinito. Si el Cristianismo no influyera perpetuamente en la moral, esta hubiera ya desaparecido del mundo y existiera sólo esa *moral independiente*, que predicán los impíos, como si fuera del Cristianismo pudiese reinar la verdadera moral, como si lejos de

Jesucristo se realizase el prodigio de que se cultiven las buenas costumbres, se haga el bien á la humanidad, triunfe la virtud, campee la caridad, brille la fe, aliente la esperanza, sonría la pureza.

Sin la influencia del Cristianismo en la moral, ni las instituciones formaran lazos de unión entre los pueblos, ni las leyes fueran justas, acatadas y cumplidas. Jesucristo vino á cumplir la ley y á dar otra nueva ley de amor, á formar nueva alianza con los hombres y predicarles doctrina antes no escuchada y darles instrucción de moral, antes no imaginada. Como el amor le forzó á vestirse del ropaje de la humanidad, amor le hizo también hablar á los hombres y comenzar su doctrina con los preceptos de una moral, no sólo pura, sino admirable, encantadora y en ocasiones llena de celestial unción, de poesía.

Hasta que llegó el fundador del Cristianismo, el mundo no había escuchado preceptos de moral y novedades como ésta: *amad á vuestros enemigos*. La sorpresa de precepto tan no imaginado, conmovió á los hombres, y movidos unos de la nueva doctrina, otros curiosos de saber á fondo los principios de moral tan sorprendente, recibieron la fe y supieron que las máximas de esa moral partían, como de fuente caudalosa, del amor. Y qué amor, Señores, el que mueve los labios del Maestro divino, cuando nos enseña la moral antes escondida para el hombre. Antes se creía que perdonar al enemigo era caso de menos valer, ya que la Venganza era diosa en cuyas aras debían quemar negro incienso. Raros son, por eso, en la antigüedad pagana los ejemplos de perdón al enemigo, y más bien hallamos en los escritores de entonces desprecio de las injurias que no amor á los ofensores. Tal perfección estaba reservada al Cristianismo. Aristides, limpiándose el rostro de la saliva que le arrojó un perverso, muestra, cuando más, tolerancia; Sócrates, recibiendo en el rostro una bofetada y contestándola sólo con un chiste, nos indica que á veces es necesario sufrir y disimular; pero no nos enseñan que es heroico acto el perdonar. Sólo quien debía recibir afrentas y ser escupido, pudo aconsejar que, cuando nos hubiesen herido en la úna, mostrásemos la otra mejilla.

Como fugaces meteoros en tempestuosa noche, leemos algunas lecciones morales en los escritores paganos, ora sobre la excelencia y dignidad humana, y el amor á las virtudes, ora respecto al sumo bien y las adversidades del justo, y los falsos placeres del inícuo, y la corta duración de la vida, y los encantos de la amistad y el desinterés. Bellas son á este propósito las teorías de Cicerón, pero confirmadas con rarísimos ejemplos. El hombre antiguo presentía la hermosura y encanto de las virtudes morales, pero, como persiguiendo un ideal que creía sueño, no se afanaba por alcanzarlas. Después vio la realidad cuando

el Preceptor de la moral divina puso en movimiento su misión celestial. Sus misioneros, predicando una moral enaltecida por el Cristianismo, con irresistible influencia, conquistadores sin lindes ni vallas que detuvieran sus pasos, llegaron en alas del amor á visitar á todos los habitantes del mundo, y estamparon sus huellas en las playas más remotas. Los conquistadores, como Alejandro, sentían el amor á la gloria; pero como era gloria terrena, su aspiración no se levantaba un palmo sobre la tierra. Los misioneros, como Javier, estaban devorados de fuego y gloria divinos, y buscaban á los hombres, no para esclavizarlos, sino para enseñarles la moral del Evangelio. En los áridos desiertos del África y el Asia no quedan ya ni fragmentos de los imperios cuya fama hablará con todas las edades, y el viajero apenas escucha á lo lejos el nocturno silbar del beduino, que se dilata en el seco arenal. Entretanto donde se derrumba un altar, un templo, un hospital, sobre esas mismas ruinas se levantan otros monumentos de religión y piedad; porque la influencia del Cristianismo, cuyo imperar es eterno, no caduca ni envejece; aumenta, se multiplica, se acrecienta; pues el amor en todas las formas posibles le lleva acá y allá, lo mismo á las selvas de la Oceanía que á las suntuosas ciudades de la Europa, en todas partes anunciando y enseñando la moral como única felicidad de los pueblos, cuyas costumbres hace cultas, cuyas leyes vuelve benéficas. La moral del Evangelio es la única que realiza la igualdad y fraternidad entre los hombres, no las embaucadoras palabras del liberalismo hipócrita, que edifica hoy, para demoler mañana, y gallardeándose solo, insolente, clama por una libertad sin moral y sin Dios, y, fingiendo amar á los pueblos, los separa, una vez rotos los lazos del verdadero amor. No así la hermosa moral de Jesucristo, emanada toda del amor á la humanidad, á quien vino á civilizar y hacer feliz. Por eso las palabras en el admirable sermón de la montaña, citado por nuestro Académico, fluyen de los labios del Moralizador divino, como raudales de agua viva, y las turbas asombradas le escuchan en silencio no interrumpido, y la majestad del Dios hombre se levanta más augusta, como que hay más grandeza, y sublimidad, y simpatía en el momento de enseñar á los hombres y señalarles el camino del bien que no fenece.

III

La verdad es Jesucristo, y esta verdad con luminosos reflejos se halla en todas las ciencias siempre que no se aparten de ella. La ciencia es una, porque una es la verdad, como obser-

vó el Orador romano; y así las ciencias en su admirable variedad tienden todas á un solo punto, á la verdad, como viajeras que venidas de distintas regiones de la tierra, se reuniesen bajo el mismo hospitalario ramaje de un árbol: la Cruz.

Si las ciencias pueden considerarse como la sabiduría de las cosas por principios ciertos, según la han definido algunos autores, no concibo que puedan estar separadas de la sabiduría excelsa, y antes las contemplo armonizadas con ella y de ella suspensas cual de lazo invisible. Sólo así merecen engalanarse con el sublime nombre de sabiduría; si encaminan al hombre á la verdad una, invariable, eterna. Quien intenta alejarse y alejar de Dios á sus semejantes, da comienzo á su apostasía empeñándose en negar la influencia de la Religión en las ciencias y mostrándolas aisladas y desligadas del Cristianismo, y á la naturaleza como señora de sí misma sin relación alguna con las disposiciones de quien la formó, cuán variada es, y la rige con leyes eternas, y la sustenta y hermosea perpetuamente. Los que pugnan por desprenderse del suave yugo del Cristianismo, le niegan el poder respecto á la sabiduría humana, y con D' Alembert y los demás enciclopedistas del siglo pasado, inventan una ciencia sin Dios y especial para ellos solos, y enaltecen á quien se afana en disgregar de la sabiduría divina, el Verbo, á las ciencias humanas. Así se explica que ese patriarca de los incrédulos fuese coronado en París, cuando, según la expresión de un pensador profundo, Sodoma lo hubiera desterrado.

Los enemigos de Dios son los verdaderos revolucionarios de las ciencias. Contra la verdad y natural filosofía oponen, como Raynal, el sistema de la naturaleza, y el sistema social y todos los delirios de los asociados en casa del barón de Holbach, por más que hombres como Bullet y Bergier, demuestren la existencia de Dios por la misma naturaleza y examinen y destruyan el materialismo.

Cuánta diferencia del sabio que se deja influir é inspirar por el Cristianismo! Con cuánta suavidad va por caminos seguros y cuánta gracia tiene su ciencia, cuán maravillosamente enseña, y logra, sin pretenderla, granjearse la inmortalidad del genio. El verdadero sabio, ése que en el Cristianismo hace estribar su ciencia, como torre de oro sobre basas de diamante, cuando habla é instruye, llega como á olvidarse de sí mismo, y no siente la carga de la vida; porque libre el alma del barro frágil de la materia, en alas de su saber, guiada por la Omnipotencia, se encumbra como el Angel de las escuelas sobre el común de las inteligencias vulgares, águila atraída por raudales de luz á las moradas del infinito.

No puedo acordarme de las ciencias en general, sin que en manera peculiar no venga á mi imaginación una de ellas, ésa que

recorre el firmamento y numera las estrellas, y clasifica los planetas, y mide los astros, y regula su movimiento, y da nombre á esos mundos de luz que nadan en los espacios. La astronomía inspirada por el Cristianismo, es la ciencia admiradora de los prodigios del Creador. Se lanza á los espacios, y, como el cóndor andino, se adueña de la esfera, y ve con el profeta que los cuerpos celestes proclaman la gloria de Dios, y algo alcanza de los armoniosos movimientos de que se habla en el libro de Job. Mira los esplendores del sol y con Secchi se extasía, sigue con Kepler la huella de los astros, y con Newton, virtuoso y casto, porque estaba absorbido en los cielos y conversando con otros mundos donde no hay miserias, regula el impulso soberano que mueve los orbes. Mientras más cristiano, es más sabio el astrónomo que, como Eulero, halla la impulsión y desvanece la teoría de la atracción universal.

Cuán largo sería discurrir sobre la influencia del Cristianismo en las demás ciencias. Yo, en cuanto es dable á mi mediano saber y entender, en todas ellas veo la acción vivificante de la verdad cristiana. Desde la Cosmogonía, puramente científica, que en relación con la Escritura Santa me hace vislumbrar la formación del mundo, desde la Etnografía, que me dice que todos los hombres son mis hermanos, hasta la Historia Natural que me distrae con la descripción de los seres animados que pueblan la tierra, y hasta la Botánica que me deleita con la pintura de los vegetales que dan sombra á los campos y salud y alimento á los hombres, hallo á la Religión unida con las ciencias, y con ellas en unísona voz proclamando la alteza del Hacedor. Dondequiera que hallo la influencia religiosa, veo también la poesía del Cristianismo.

La verdadera ciencia es sabiduría, que como numen inmortal, preside á todo pensamiento, y lo engrandece y hermosea, dándole un sello de duración casi divina.

La sabiduría que, según la expresión sublime de los Proverbios, tenía como colgados los cimientos de la tierra, siempre tiene suspensos los ánimos de los que la escuchan con avidez, y la belleza de sus conceptos nos deleita, porque está, como en rocío celestial, empapada en la fe que anima y magnifica, en la esperanza que puebla de sonrosados arreboles el cielo del porvenir, y en la caridad que nos lleva á Dios en las alas del amor á lo bello, y lo santo y lo hermoso.

La Religión en la ciencia y la literatura, con influencia benéfica, lo concierta y armoniza todo, dando hermosura y unidad, prendas apetecibles en todas las creaciones del genio.

Cuando alguna vez se ha desterrado á la hija del cielo, y las ciencias en divorcio vergonzoso, desatentadas y locas, se han separado de la religión, el natural resultado ha sido el desconcier-

to y la inquietud de los espíritus. La filosofía atea, la incredulidad del siglo XVIII quiso establecer la separación de la religión y de la ciencia, y maquinando con despacio en obra de exterminio, y cavilando sobre la ruina del género humano, comenzó su tarea maldecida por deificar las ciencias y desacreditar la religión; quiso romper el lazo de oro que las unía, y atentó contra la falange formidable, cuyo triple escudo eran ciencia, religión y constancia, y llegó al logro de sus aspiraciones cuando vió extinguida la sociedad de los Jesuítas, de esos *granaderos de la Iglesia*, según el glorioso apodo que les prodigó la impiedad unida al jansenismo. La extinción de la Compañía de Jesús, debemos decirlo con todo el acento de la verdad, disoció la religión de las ciencias, y éstas, entregadas á sí mismas, contribuyeron al cataclismo de los últimos años del envilecido siglo XVIII. El filosofismo, destruyendo á los hijos de la religión y maestros de la ciencia, preparó la revolución de 1789, y entonces, desbandadas las ciencias como bacantes, y sin el aliento que les infundía la Religión, y sin la savia de vida que les daba vigor y fortaleza, dejaron á la impiedad derrumbar el trono y el altar, y sobre el volcado solio de los reyes, sobre los fragmentos teñidos de sangre, vinieron á sentarse la desolación y la muerte.

Para los filósofos les fué sabroso el pan de la mentira ó sea su falsa ciencia.

Bien al contrario sucede cuando hallamos la divina influencia de la Religión en las obras humanas. Cuánto las admiramos! Nos nutren sus enseñanzas, nos alegran sus conocimientos, nos consuela su estudio, y empapado nuestro espíritu en deleitable meditar, se crea una como nueva y desconocida región donde habita en soledad que no cansa.

El sabio, fijo en su ciencia iluminada con las reverberaciones del cielo, difícilmente se desliza ó tropieza en los delirios de una razón extraviada; pues buscando la verdad y queriendo sólo demostrar y enseñar la verdad, no se aparta de su lado, ni, innovador soberbio, pretende crear una ciencia sin Dios. Por eso la verdadera ciencia satisface el corazón, y una vez el hombre en posesión de la verdad, da por bien empleados prolijos estudios, largas vigiliass, penalidades y tormentos, como que el genio no atesora la ciencia, acendrada y pura, sino á costa del sacrificio. Fortaleza bien ejercitada y trabajos sufridos en la adquisición de la ciencia, son aliento y vida del espíritu que jamás envejece, antes se vigoriza como dueño de eterna juventud.

Quien llega á poseer la ciencia, aunque tiene el mérito del trabajo, conoce que la recibe como beneficio de Dios, á cuyas luces subió el pensamiento y en cuya sabiduría descansó la inteligencia. Por lo mismo, como Kepler, teme las seducciones de la

presunción; es verdadero sabio, porque conoce que la presunción es enemiga del saber, y le extravía y enorgullece.

IV

Soy la vida, dijo Jesús. La vida se halla también en el poderío beneficioso que ejerce el Cristianismo en las artes, ora sean liberales, ora sean mecánicas. La ley del trabajo impuesta al hombre ha ennoblecido las artes al parecer más humildes, y el Cristianismo las ha hecho brillar en sus mismos santos, desde San José que en su taller de Nazareth sustenta con el sudor de su rostro á la Sagrada Familia y hace que el Niño, á quien arrullan cánticos celestiales, se acostumbre también al ruido de la sierra. Es el trabajo ley de amor en el hogar y lazo de unión en las familias. El Cristianismo ha dignificado y embellecido las artes, dando á las liberales una inspiración antes de él desconocida.

Sólo el Cristianismo ha dado á la arquitectura la majestad que se admira en sus grandes obras, como que en ellas se reflejara la magnificencia de Dios é irradiase su luz como en el templo de Salomón. ¿Soñó jamás Espíndaro en un templo como el de San Pedro de Roma? Sólo el augusto genio del Cristianismo pudo levantar ese monumento, en cuya cúpula, vecina al cielo, parece que invisible se yergue aún la sombra de Miguel Angel. En los majestuosos templos de la edad media, en la ojiva y las catedrales del estilo gótico, está como respirando el espíritu del Cristianismo, y en su forma se está viendo la cruz, y esos grandes templos alzados al Todopoderoso son como mudos, pero sublimes testigos de la alianza de la Religión con el arte, y aquí y allí en Europa se levantan como nuestros montes en la andina cordillera. ¿Quién dió á esos edificios sus proporciones colosales?—La idea de la grandeza de Dios.—¿Quién les prestó simetría, sino la inspiración del artista en la belleza de Dios? ¿Quién combinó en armonía perfecta aquí la basa, allí la columna, acá el pedestal, allá el capitel, sino el orden que Dios estableció en el Universo y que el genio gusta de imitar? Aun las obras de la antigüedad pagana, al toque mágico de la Religión, se regeneran y transforman, y el Panteón y el Coliseo aparecen no ya empañados con el aliento de impuras divinidades y de vicios que no pueden nombrarse, sino como genios que despiertan de pesado sueño y respiran aura de vida.

Sin la influencia del Cristianismo en las bellas artes, la pintura ostentaría aún cuadros de encantadora naturalidad y sen-

cillez, como los de Zeuxis y Parrasio, ó nos mostraría la desnudez sin siquiera un velo para que no se sonroje el pudor; pero no se encumbrara al Tabor, ni reverberara la inspiración de Rafael, extasiado en la presencia de la Divinidad, ni Murillo trazara el tipo de la hermosura ya divinizada, haciéndonos sonreír con la imagen de María, ni nuestro Miguel de Santiago nos conmoviera con la peregrina actitud del Serafín de Asís, ni Salas y Salguero nos sorprendieran con la actitud de sus peregrinas Magdalenas.

¿Y la influencia del Cristianismo en la música quién podrá negar? Como desterrada del Edén ó recuerdo del bien perdido, ella da lenguaje á los afectos del corazón cristiano, interpreta todas las pasiones, imita las alegrías y los gemidos, y á veces triste como el acento del profeta de las ruinas, á veces majestuosa como la voz de los torrentes, conmueve el alma y le hace ansiar dichas que, aunque espera, no conoce todavía. Con razón nos imaginamos que la música es como venida del cielo, cuando resuena en nuestros templos y puebla sus bóvedas de armonías tan deliciosas, que parece que estuvieran hablando los ángeles.

Si queréis confirmaros en el poder de la música inspirada por el Cristianismo, recordad las celebradas misiones del Paraguay, trasladados á sus bosques, y allí veréis realizada por los jesuítas, la fábula de Orfeo y Anfión, cuando atraídos los salvajes al són de cítaras y guitarras, salían de las selvas, y, como arrastrados de un poder divino, acudían á las orillas de los ríos, como si les llamase la voz de sus dioses. Como Orfeo, los jesuítas domañaban á aquellos hombres tigres en figura humana, y como Anfión, al concierto de músicas y cantares, levantaban como por encanto las llamadas reducciones.

Las artes bañadas en la luz de la inspiración religiosa nos elevan á lo alto, y el pensamiento, desde el cuadro y la estatua, se remonta á las alturas. El Cristianismo por eso las acoge como á hijas mimadas suyas, y augustos pontífices como León X y Julio II y Pío VI las protegen y enaltecen, y convierten á Roma en metrópoli de las artes, como que la Religión, bella en sí misma, se complace en atraer todo lo bello y darle mayor brillantez y celsitud.

La caridad del Cristianismo va llevando á dondequiera las artes mecánicas y con ellas da trabajo al pobre, sustenta al desvalido y arranca de las fauces del crimen á las muchedumbres.

¿Decid si nosotros mismos no estamos palpando la influencia del Cristianismo en las artes con que se alimenta el pueblo y son su distracción y su vida?

Allá, al pie del Pichincha, se levanta el Protectorado que se denomina *católico*, como para recordar que sólo la caridad cristiana edifica palacios para la orfandad y que la mirada sagaz del

genio, benéfico como el de García Moreno, alcanza á penetrar en el porvenir y prepara asilo á la miseria. ¿Y quiénes secundan las obras de la beneficencia y quiénes son sus ángeles tutelares, quiénes tienen sonrisas para la niñez desamparada y estímulo para la juventud que se extravía, sino los sacerdotes del Cristianismo? Los ricos son á veces benéficos, generosos y dignos de sus riquezas; pero las instituciones religiosas hacen fructificar las dádivas del rico, son siempre caritativas y su ingenioso influjo multiplica las artes, la industria y el trabajo.

Si el Cristianismo no influyera directamente en las artes, no viéramos á los hijos de Don Bosco rodeados de pequeñuelos, que al són de alegres cantos religiosos unen el golpe del martillo y de la azuela, y el chisporroteo del carbón en la fragua, y el crujir de las tijeras entre las burdas telas que deben cubrir la desnudez del desdichado. Casi todas las artes que son vida del pueblo infeliz se han dado cita en ese santuario, y sobre todas extiende el Cristianismo sus alas de ángel y les da aliento y animación. Jesucristo dijo que era la vida, y las artes protegidas por sus sacerdotes, dan también á los pueblos, con la vida del espíritu, la vida material.

Justamente con la historia en la mano el nuevo Académico ha desenvuelto el tema de su discurso, y ha probado la verdad de la influencia del Cristianismo en la moral, en las ciencias y las artes.

V

Jóvenes que me escucháis, amables jóvenes, en cuyos corazones arde el deseo del bien y cuya frente se inflama ya con los albores de la gloria, pronto vosotros llenaréis esas sillas que irán quedando cubiertas, una después de otra, de fúnebre crespón. Vosotros sobre todo, los que tan prematuramente tenéis ya notable instrucción y anhelo de sabiduría y amor al estudio, y los que escribís la "Revista Ecuatoriana", joya de preciado valor que brilla en la frente de la Patria, vosotros estáis llamados á reemplazarnos en la Academia, y, á no dudarlo (si he de hablar de mí), con mayor ventaja, porque, además de vuestro claro talento, habéis tenido mejores elementos para vuestra educación literaria y acaso verdaderos estímulos. Creedme que me siento enorgullecido cuando medito en lo que podéis hacer y haréis en pro de la moral, las ciencias y las artes. Para mí el egoísmo es pasión antipatriótica y propia de ánimos apocados y envidiosos: yo deseo quedar pequeño, insignificante, y que conmigo perezca también mi nombre poco sonado en la literatura ecuatoriana, con

tal que vosotros, jóvenes, os levantéis muy alto. Eclipsad en buena hora á la generación que envejece y sed más distinguidos si por letras, si por las artes ataviadas con la virtud. Que seáis mejores que nosotros, más ilustrados, y que aun lleguéis á ser sabios, es para la Patria honra que deseo de corazón.

Al terminar sólo os aconsejaré, aunque con voz desautorizada, que no os avergoncéis jamás, como yo no me avergüenzo sino más bien me glorío, de invocar para la moral, las ciencias y las artes el simpático nombre de Jesucristo, que todo lo poetiza, y su influencia os será saludable é inspiradora; porque sólo en el Cristianismo existe la verdadera sabiduría. Sed, jóvenes, ilustrados como el nuevo Académico, y, como el nuevo Académico, procurad, antes que afearos con la presunción, honraros con la modestia.

Quintiliano Sánchez



Sr. D. Federico Donoso, Bibliotecario Nacional.

Señor:

Tengo la satisfacción de noticiar á Ud. que la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Real Española de la lengua, en Junta del 16 del mes que corre, aprobó el siguiente informe, ordenando su publicación en el cuaderno de las Memorias de la Academia.—“He revisado cuidadosamente las cuentas presentadas por el Sr. D. Federico Donoso, Bibliotecario Nacional, en 18 de junio de 1889, y encuentro la mayor proligidad, esmero y delicadeza empleados en llevar las dichas cuentas. En el cuaderno correspondiente á los “fondos de la Biblioteca”, que han corrido á su cargo, observo que hay \$ 1.79 centavos á favor del rindente.—No hay un solo gasto, por pequeño que sea, que no lleve su respectivo comprobante. La Academia debe, pues, aprobar las referidas cuentas con el merecido elogio al Sr. Bibliotecario, cuyas buenas prendas son notorias al público entero.—Quito, á 29 de febrero de 1893.—Roberto Espinosa.—Lo que me es grato comunicar á Ud. dándole las más cumplidas gracias, á nombre de la Corporación, por su interés y delicadeza en cuanto se relaciona con ella.—Acepte Ud. las seguridades de amistad y de distinguido aprecio con que me suscribo de Ud., muy atento servidor y amigo,

Roberto Espinosa.